18

BASES DE LA HISTORIA URUGUAYA



NUESTRA SOCIEDAD Y SUS CONTRADICCIONES (III).

LA CLASE DOMINANTE
SU GRAVITACION PERMANENTE EN LA VIDA DEL PAIS.

Ema Zaffaroni y Alfredo Decia

DIRECCION GRAL.: MILTON SCHINCA • EDICIONES: "las bases" N$ 345

LOS AUTORES

Ema Zaffaroni y Alfredo Decia son egresados en Historia del Instituto de Porfesores "Artigas" (IPA) y ejercen la docencia en Enseñanza Secundaria.
Zaffaroni forma parte del equipo de estudios históricos del Cui (Centro Uruguay Independiente); es autora del fascículo 2 de la colección "Bases de Nuestro Tiempo" y coautora de los fascículos 8, 9 y 10 de la misma colección, sobre Marx y el marxismo.
Zaffaroni y Decia escribieron el fascículo 11 de "Bases de la Historia Uruguaya" sobre el tema "El fortalecimiento creciente del Estado Uruguayo."

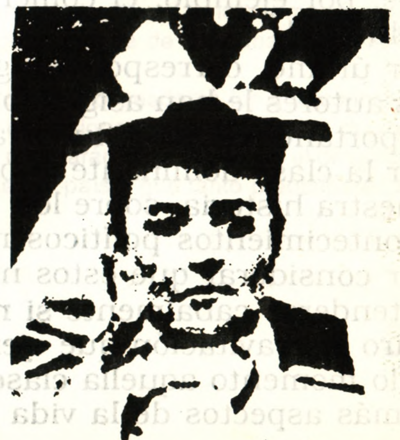
Dirección: **Milton Schinca**
Coordinación: **Alejandro Schinca**
Realización gráfica: **Cibils**
Ediciones: "las bases"
Sarandí 356 Esc. 11. Teléfono: 95 68 46
Queda hecho el depósito que marca la ley.

En la elaboración del Plan de esta colección colaboraron los profesores
Andrea Daverio, Roger Geymonat, Cristina Martínez, Rodolfo Porrini, Cecilia Revello, Alejandro Sánchez, Alexis Schol, Carlos Alcoba.



UNA CLASE QUE ANTEPUSO SU INTERES AL DEL PAIS

En el presente fascículo completaremos el estudio de "Nuestra sociedad y sus contradicciones", tema del que expusimos hasta el momento las capas medias y los sectores populares, analizados en los dos fascículos anteriores. En el que ahora entregamos, se pasa a estudiar el sector restante para abarcar en su totalidad nuestro espectro social: la clase dominante, examinada particularmente en relación estrecha con la vida política nacional a la que, como no podía ser de otra manera, condicionó de manera capital a lo largo de toda nuestra historia. En tal sentido, resulta impresionante comprobar en las páginas que siguen, cómo la gravitación de la clase dominante sobre el acontecer nacional fue realmente decisiva en todas las etapas de nuestra evolución, aunque no siempre fuera esa clase la protagonista visible de los hechos políticos. De una manera o de otra, a veces mediante la participación directa de algunos de sus personajes más conspicuos, pero en la mayoría de los casos a través de personeros o valiéndose de presiones más o menos discretas sobre los órganos de poder, la clase dominante uruguaya hizo pesar su poder económico para encauzar al país en función de sus intereses y conveniencias (que no siempre coincidieron, por cierto, con el de la nación o el de sus clases populares).
Así ocurrió desde los días mismos de la Colonia hasta prácticamente el presente; así fue cómo esta clase desconoció y ayudó a abatir a Artigas. No es menor mérito de este trabajo el permitirnos presenciar con vívida claridad esa acción casi siempre perniciosa de una clase por demás atenta a su beneficio exclusivo, y con frecuencia atada y supeditada a intereses extranjeros de los que también supo sacar provecho. De este modo, el presente fascículo se convierte, sin perjuicio de la objetividad de su enfoque y el respaldo documental en que invariablemente se apoyan sus autores, en una exhaustiva acta acusatoria contra una clase que tanto contribuyó a la desdicha y la frustración de nuestro país y nuestra gente, por más que se esforzara en identificar falazmente su óptica egoísta con "el progreso", "el bienestar del país", o el "interés nacional", a los que postergó y desvirtuó de muy variada manera.



ALGUNAS PUNTUALIZACIONES NECESARIAS

Los autores consideran conveniente reconocer, antes de entrar en el tema de este fascículo, que hubiera sido aconsejable formular algunas precisiones previas de carácter teórico acerca de las clases sociales en general, su naturaleza y su papel en la sociedad; pero las obviarán en atención al carácter de esta Colección que, como se sabe, persigue como finalidad suministrar materiales de iniciación sobre los temas elegidos. No obstante, creen los autores oportuno indicar al menos que comparten la caracterización de "clase social" contenida en el fascículo 16, pág. 5, sobre "Capas medias y sectores populares, 1era. parte", escrito por Yamandú Gonzáles y Rodolfo Porrini, cuando dicen: "Creemos pertinente el análisis de los grupos (clases sociales) según el lugar que ocupan en las relaciones sociales de producción (de explotación) y su papel en las relaciones de dominación, políticas e ideológicas". En tal sentido, se entenderá aquí por "clase dominante" la que controla y hegemoniza los medios de producción.

En el estado actual de las investigaciones y estudios sobre el tema, no resulta posible abarcar todos los aspectos relativos a la clase dominante en el Uruguay; ni tampoco existen análisis de profundidad y extensión equivalentes en el enfoque de los distintios sectores de dicha clase: así, resulta por demás evidente que alguno de ellos —en particular el sector ganadero— ha merecido trabajos mucho más pormenorizados que, por ejemplo, el comercial o el industrial.

Por último, corresponde agregar que los autores le han asignado particular importancia a las influencias ejercidas por la clase dominante a lo largo de nuestra historia, sobre los acontecimientos políticos nacionales, por considerar que éstos no podrían entenderse cabalmente si no se tiene claro la gravitación que ejerció en todo momento aquella clase sobre los demás aspectos de la vida nacional.

PRIMERA PARTE

COMO SURGIO Y CRECIO NUESTRA PRIMERA CLASE DOMINANTE

En el origen no había clase dominante...

Es bien sabido (fascículo 1 de esta Colección), que la sociedad montevideana estuvo formada en sus inicios por modestos colonos, en su mayoría agricultores, provenientes de Buenos Aires o de regiones superpobladas de España como Galicia, Asturias e Islas Canarias. Estos humildes pobladores recibían como incentivo, de acuerdo con las Leyes de Indias, un solar en la planta urbana, una chacra, una estancia y una porción de ganado. A cambio de esto debían hacerlo todo en esta tierra deshabitada: levantar vivienda, sembrar, cuidar el ganado recibido, y mantenerse alerta ante la amenaza del indio y la ambición del portugués.

Estas tareas configuraron una igualdad social inicial entre los integrantes del núcleo fundador; igualdad que paulatinamente fue desapareciendo en la medida que se intensificaban las actividades económicas y aumentaban los privilegios al puerto de Montevideo y la jerarquía de la administración.



A pocos años de fundada nuestra ciudad, ya podían diferenciarse claramente algunos sectores:

"Los que moran dentro de la ciudad pueden dividirse en tres clases: hacendados, comerciantes y artesanos. De la primera apenas se encuentran 15 ó 20 personas, y de ellas la mitad se halla sobre un considerable fondo de riquezas, abrazando entre sí con sus considerables estancias casi todo el término de Montevideo. que se extiende en partes a 70 y 80 leguas. Los comerciantes pueden, asimismo, considerarse bajo dos respectos: los unos que hacen el comercio por mayor directamente con la península y son por lo regular apoderados de las casas fuertes de Cádiz, y los otros que trafican por menor en tiendas y pulperías; de unas y otras está llena la ciudad, no hay casa donde no se venda algo, causando no poca admiración que puedan subsistir en país tan caro y de tan corto número de habitantes. Los artesanos por lo común de la tropa o marinería de los navíos y por consiguiente transeúntes: con todo se hacen pagar exorbitantemente sus obras."

Diario del Capitán de Navío Diego de Alvear, 1784.

Aparece la "clase principal"

Se dibujó así, en muy poco tiempo, un sector social mucho más poderoso que el resto. Lo componían hacendados latifundistas, comerciantes importadores—exportadores y mayoristas, saladeristas y un pequeño grupo formado por funcionarios y militares de alta graduación, que gustaron llamarse a sí mismos la "clase principal" o patricia.
En su conjunto constituyeron una minoría insignificante dentro de la sociedad oriental: algunos centenares en una población de casi 78.000 habitantes.

¿Pero cómo surgió este núcleo privilegiado y minoritario?

"En la Banda Oriental —afirma Lucía Sala— se establecieron situaciones privilegiadas en razón del fuero de que disfrutaron, por ejemplo, militares, eclesiásticos y comerciantes. La calidad de hijosdalgos de los primeros pobladores y de la que gozaran otros vecinos llegados posteriormente, implicaba, si no el ascenso a la nobleza, el usufructo de determinados privilegios. El doctorado o la licenciatura universitaria suponía un privilegio de carácter personal e intransferible."
"En otro plano, es claro que lo privilegios portuarios de Montevideo refluyeron sobre los comerciantes en razón de su residencia, y que la exigencia de la matrícula-recién implantada efectivamente al final del coloniaje— significó un esfuerzo supremo para restringir a un reducido grupo de traficantes, las ventajas del monopolio. También el sistema de apropiación de tierras y ganados engendró a un sector privilegiado y sometió a la población de la campaña a su dependencia, que aunque no cuajó en la legislación, se expresó en la calidad de feudatarios, agregados, puesteros, ocupantes consentidos, que debieron soportar. El estanciero, sobre todo el más poderoso de una región, suele ser el jefe de milicias y muchas veces juez del partido, reuniendo en su persona, junto al poder material efectivo, ciertos atributos de estatales".
Conviene examinar más de cerca a los sectores principales de esta primera clase dominante oriental.

I - LOS HACENDADOS.

La condición de región ganadera de la Banda Oriental hizo de los hacendados un importante sector dentro de las clases altas de la Colonia, tanto por su fuerza económica como por la incidencia que tuvieron en los acontecimientos políticos del período y de toda nuestra historia nacional.
A pesar de considerarse hacendado cualquier individuo poseedor de una suerte de estancia, se hace necesario realizar una distinción entre los pequeños y medianos poseedores y los grandes latifundistas, pues sus diferencias no sólo se expresan en la extensión de sus campos -2.000 ó 3.000 cuadras los primeros y 200.000 y hasta más de 500.000 los segundos—, sino en la gama de intereses que defienden.

Los hacendados medianos y pequeños

El grupo de pequeños y medianos hacendados proceden de los primeros repartos de estancias a los pobladores de Montevideo, a los cuales se les asignaba una suerte de campo de media legua de frente por legua y media de fondo (1.875 hectáreas aproximadamente), extensión que podría ampliarse cuando el beneficiario reclamara otras "suertes" ante el nacimiento de cada hijo.
Este criterio de reparto —nos dicen Barrán y Nahum—, que implicaba la obligación de establecer "población", no podía originar el latifundio pues si bien en la actualidad 1.875 htás. es una extensión respetable, en el siglo XVIII la suerte de estancia, en lo que a su productividad se refiere, no rendía más que un mediocre resultado. Los primeros repartos produjeron, pues, un tipo de hacendado medio que pobló su tierra y residió habitualmente en ella, procurando por medio del rodeo el amanse de la novillada cimarrona, y vendiendo sus cueros a los comerciantes montevideanos a alguna partida de contrabandistas que los pasaba al Brasil.
No serán por lo tanto estos poseedores los que concentrarán las enormes extensiones de tierra, en su mayor parte improductivas, que harán muy dificultoso el desarrollo económico de nuestro país y que tanto preocuparán a Artigas.

Cómo surgieron los latifundistas

Las inmensas propiedades de los hacendados latifundistas tienen su origen tanto en las mercedes o "donaciones" de la Corona y de las autoridades españolas locales a sus favoritos y paniagudos, ¡y a sí mismas! como en el caro y engorroso trámite de apropiación que permitía solamente ser dueños de la tierra a los ya ricos, y especialmente a los residentes de Montevideo.
Otra razón que obligó a menudo a la Corona a ceder inmensos territorios a particulares fue la necesidad de proteger nuestra riqueza pecuaria de la ambición portuguesa. Esto ocasionó el surgimiento de latifundios en la frontera, que no cumplieron el cometido deseado, pues el ausentismo del propietario y el descuido consiguiente de sus tierras nos desguarneció aún más frente al poderoso vecino del norte.
Cualquiera sea el origen del latifundio y la valoración que de él se haga, en realidad constituyó un elemento retardatario de nuestra economía, impidiendo el poblamiento de la campaña y originando una sociedad basada en la dependencia personal, con claras reminiscencias feudales.
Fue común el entrelazamiento de actividades, encontrándose latifundistas que eran a la vez barraqueros, acopiadores, navieros o saladeristas (M.Magariños, apodado "el rey chiquito", constituye un buen ejemplo).

Temprana pugna entre los grandes y los chicos.

Esta situación perjudicaba notoriamente los intereses de los pequeños y medianos hacendados, que no podían aspirar a mejorar su condición mientras no se extinguiera esta concentración de actividades.
La oposición entre ambos grupos se irá haciendo cada vez más notoria, no vacilando los latifundistas —a través de su organización gremial, la Junta Económica Directiva del Cuerpo General de Hacendados, que nucleaba a los propietarios ausentistas— en mostrarse dispuestos a defender sus privilegios a toda costa, instrumentando un movimiento que sirviera a tales efectos.
Actitud por demás clara de la toma de conciencia de sus intereses de clase.

II LA BURGUESIA COMERCIAL MONTEVIDEANA.

El destino mercantil de Montevideo dio origen también a una poderosa burguesía comercial, que según la opinión de los historiadores Sala, De la Torre y Rodríguez, constituyó, en el conjunto de los sectores privilegiados, la clase dominante.
En la cúspide de estos grupos —nos dicen los autores arriba mencionados— había un núcleo restringido, pero muy poderoso, que detentaba el negocio de importación y exportación, obteniendo suculentos beneficios al amparo del régimen de monopolio y de los privilegios portuarios. De este pequeño núcleo dependía en cierta forma el grueso de los comerciantes, mayoristas y minoristas, barraqueros y pulperos, que distribuían los efectos importados y acopiaban los frutos del país.

El verdadero origen de la burguesía comercial

Esta burguesía comercial montevideana no nació de la lenta diferenciación de laboriosos tenderos inclinados pacientemente sobre el mostrador. Los comerciantes acumularon sus capitales merced a su condición de agentes privilegiados de las casas españolas y luego extranjeras —por el monopolio de las consignaciones—, así como al tráfico con los faeneros, muchas veces clandestinos, en la práctica del comercio negrero, la usura, la especulación y el contrabando. Fueron beneficiarios del apoderamiento de tierras y ganados, base del surgimiento de la estancia oriental.
Algunos de sus más distinguidos integrantes —Vilardebó, Salvañach, Echenique, Berro, entre otros —comenzaron como agentes de casas bonaerenses, a su vez representantes de firmas españolas, gaditanas, gallegas o catalanas.
Otros, apenas llegados a Montevideo, se dedicaron a la compra de ganados a los faeneros —preferentemente clandestinos— y para mejor traficar levantaron pulperías en las campañas desiertas donde trocaron telas, cuchillos, yerba, tabaco, etc, por cueros y sebos.

El arte de crecer en varias direcciones

Tan pronto como la fortuna los favoreció, los más avisados denunciaron una rinconada. Abasteciendo a Montevideo o a la Marina de Guerra y levantando saladeros, algunos de entre ellos acrecieron singularmente su fortuna.
Dueños de barcos, invirtieron también sus caudales en préstamos que les reditaron cómodamente un 5% anual en una época de moneda fuerte. Vender a precios de monopolio lo que compraban como contrabando, fue moneda corriente para los traficantes, quienes mayoritariamente defendieron la santidad del sistema comercial vigente.
Este sector, con una clara conciencia de su comunidad de intereses, gozó de un singular prestigio y una considerable influencia política, en gran medida resultante "del control que tuvo de las diferentes etapas del ciclo productivo que comenzando en la estancia, seguía en el saladero y la grasería , continuaba con el acopio en la barraca y, pasando por los muebles que ésta o el propio saladero tenían adosados, concluía en los barcos que llevaban el producto, a veces hasta lejanos puertos" (Reyes Abadie).

III - OTROS SECTORES DE LA CLASE DOMINANTE

Navieros, mayoristas, saladeristas, barraqueros, prestamistas, constituyen otros sectores privilegiados de la clase principal de la Banda Oriental en la época colonial. Como acertadamente opina Barrán, estas tareas a menudo se dieron conjuntamente en una sola persona. Con frecuencia grandes comerciantes y latifundistas invirtieron sus capitales en estas actividades, cubriendo, sino todas, siempre más de una de ellas. Magariños, Maciel, Chopitea, Berro, Juanicó, Zamora, son algunos de los ejemplos más característicos.
Al respecto nos dice L.Sala de Tourón: "Si bien los grandes comerciantes, los latifundistas y los grandes hacendados, los navieros, acopiadores, mayoristas, prestamistas, etc., constituyen clases y capas sociales diferentes, con distintos y muchas veces contrapuestos intereses, la escasa división social del capital produjo un estrecho entrelazamiento entre ellas y, en muchos casos, determinó que una persona fuera partícipe de distintas calidades. Las clases dominantes montevideanas, unidas por lazos de matrimonio entre muchos de sus integrantes, y vinculados en no pocos casos por los mismos lazos con jerarcas de la administración y del ejército, integraron una oligarquía. Comerciantes-estancieros, se les llamó en la época, con agudeza."

LA CLASE DOMINANTE TRAS EL PODER Y LA GLORIA

Los Cabildos, órganos de la oligarquía.

Esta oligarquía local la encontramos a fines de la época colonial monopolizando los principales cargos del Ayuntamiento.
Los oficios de cabildantes obtenidos en su mayoría por la vía de la compra, significaron para esta poderosa clase, no solamente una fuente de afirmación y expansión de su poder económico, sino también un camino muy eficaz para la obtención de honores e influencias. El Cabildo fue transformándose paulatinamente en el órgano de expresión de los intereses de las clases dominantes. "Integrado en sus orígenes por los colonos canarios, algunos de los cuales ni siquiera sabían leer ni escribir, pasó hacia fines del siglo XVIII y en los primeros años del XIX a contar en su seno con los grandes comerciantes, saladeristas y estancieros que constituían la oligarquía local. Unos provenían del núclo de los primeros pobladores enriquecidos, pero un sector muy importante lo formaba la oleada de comerciantes establecidos después del Reglamento de Libre Comercio, vinculados al tráfico monopolista, algunos de los cuales habían instalado saladeros y obtenido grandes latifundios". (Sala de Touron, De La Torre, Rodríguez).

Resultaría tedioso reproducir la lista de gobernantes del período, pero corroboraría lo afirmado. Basta repasar las actas capitulares para observar cómo la mayor parte de los asuntos tratados por el cabildo respondían a los intereses de comerciantes y latifundistas, en tanto que faltaban los vinculados a los problemas del común.

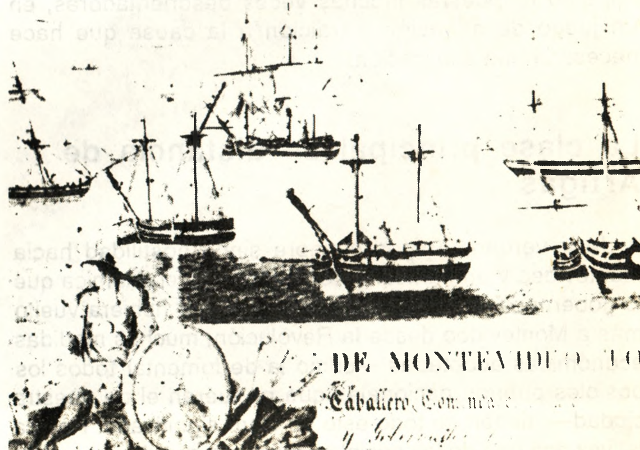
Los poderosos se agremian.

Esta primera oligarquía económico-financiera-política montevideana, principal caudal del futuro patriciado nacional, tuvo también sus órganos específicos de expresión: las Juntas de Comerciantes y el Gremio de Hacendados.
Estos gremios, controlados por los grupos más poderosos de comerciantes y hacendados, constituyeron órganos muy apropiados para la promoción de sus intereses y para la defensa de sus prerrogativas ante la voracidad fiscalista de las autoridades españolas, de Buenos Aires primero y de Montevideo después.
Entre sus reivindicaciones más importantes figuran el mejoramiento del puerto, la construcción de faros, la creación de un Consulado de Comercio propio, la supresión de las faenas clandestinas, la seguridad en la campaña que garantizase la propiedad de tierras y ganados, y el sometimiento de las poblaciones gauchas.

Divisiones y choques dentro de la oligarquía

Mas allá de estar nucleadas en órganos representativos de sus intereses, estas clases protagonizaron, durante toda la etapa de dominación española, contradicciones y enfrentamientos internos que giraron fundamentalmente en torno al mantenimiento o no del coloniaje.

La revolución oriental contará entre sus fuerzas con los pequeños y medianos hacendados y con un sector de latifundistas y grandes hacendados no monopolistas; no así con el pequeño sector de la oligarquía beneficiario el monopolio. Un reducido grupo de la burguesía comercial, aunque se adhiera a la revolución, no militará en filas artiguistas sino que actuará en favor de Buenos Aires. La no participación de los sectores más conservadores de las clases dominantes explica en parte el contenido radical y democrático del movimiento revolucionario.



SEGUNDA PARTE

LA CLASE DOMINANTE SE OPONE A ARTIGAS Y CONTRIBUYE A SU DERROTA

Al principio estuvieron junto al Conductor

Cuando Artigas inició en 1811 la insurrección oriental, la mayoría de los integrantes de nuestra "clase principal" —estancieros, saladeristas, etc, como los Durán, García de Zúñiga, Bauzá, Gadea— se acercaron al Caudillo o se solidarizaron con el movimiento.

El apoyo de los estancieros tuvo motivos y hasta urgencias bien precisas: resistir a los pesados tributos exigidos por Montevideo para la lucha contra la Junta de Buenos Aires; evadir la "ordenación de los campos" y la revalidación de los títulos que las autoridades españolas pretendían imponer. Participaron también porque veían en Artigas al hombre de su plena confianza, que había llevado adelante con éxito empresas de pacificación en la Campaña.

Igual ocurría con los saladeristas, en su mayor parte estancieros y muy interesados en la prosperidad del interior.

No obstante, no existió una actitud consecuente en las clases dominantes frente al proceso revolucionario oriental, sino respuestas muchas veces desorientadoras, en un juego de adhesión y traición a la causa que hace necesaria una explicación.

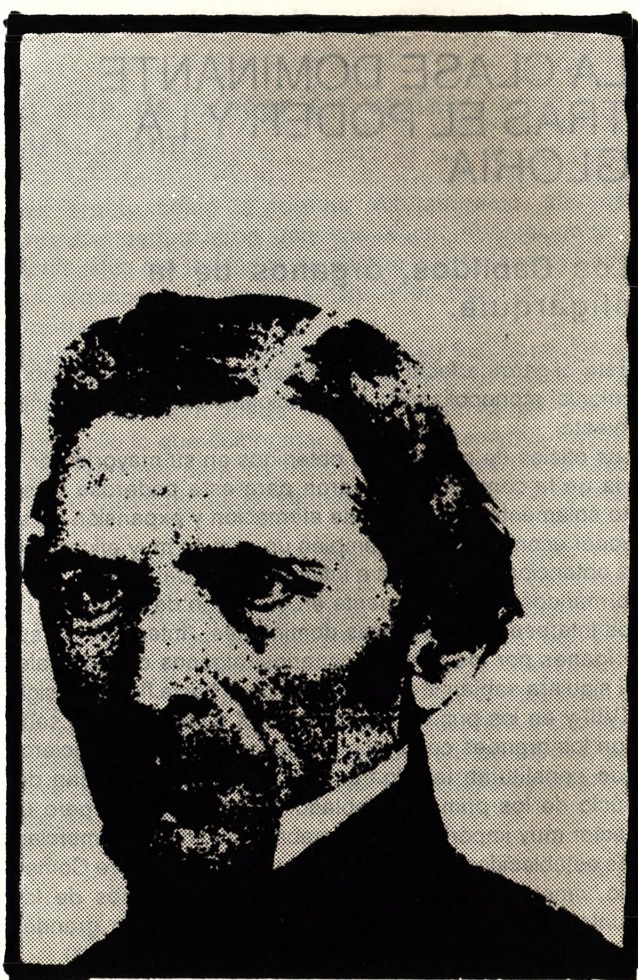
La clase principal se distancia de Artigas

A decir verdad, Artigas siempre sintió hostilidad hacia Montevideo y en particular frente a la elite económica que lo gobernaba. El hecho de que Artigas no hubiera vuelto más a Montevideo desde la Revolución; muchas medidas económicas adoptadas —como la de fomentar todos los posibles puertos nacionales que no fueran el de nuestra ciudad—, tienen en todo esto un claro significado. Radica tal vez acá una de las posibles explicaciones de por qué la élite capitalina lo abandonó. Pero indudablemente debe haber pesado mucho más el contenido del programa artiguista. Este comportaba desorden inmediato, irrupción física del campo en la ciudad, política agraria, presencia de las clases desposeídas, ambiciones igualitarias, y de seguro esto tuvo que distanciar al patriarcado montevideano del Caudillo y preparar la hostilidad que siguió.

La oligarquía montevideana sigue dos tácticas frente a Artigas

El año 1815 constituyó el momento más álgido en las relaciones y animosidades entre ambos. En la "muy fiel y reconquistadora" se marcaron dos sectores antagónicos dentro de la elite: uno dirigido por García de Zúñiga y Felipe Cardozo, dispuesto a sabotear todas las medidas de Artigas contra los españoles, y otro comandado por Lucas Obes y Juan Ma. Pérez que, rodeando a Otorgués, trató de apoyarlas, quizás esperando capitalizar en su favor la pendiente amenaza de confiscaciones y deportaciones sobre el poderoso sector español.

En medio de ambos grupos se encontraba Fernando Otorgués, representante militar de Artigas, sobre el cual se tejieron las más calumniosas leyendas de crueldades, quien ofició de blanco tras el cual la burguesía comercial montevideana ocultó su rechazo al Jefe de los Orientales.



El épico barbudo

"Si se tiene en cuenta que Otorgués entra en Montevideo al frente de la masa campesina artiguista, no es difícil ver en el temor, el horror, el odio que este épico barbudo provocó en Montevideo un episodio más de una colisión de clases y estilos de vida que tiene innumerables versiones en la historia de Hispanoamérica. (Desde los montoneros de Ramírez atando en 1820 sus caballos a la Pirámide de Mayo, hasta los descamisados del 17 de octubre o los guajiros de Fidel Castro irrumpiendo en La Habana)". (Real de Azúa).

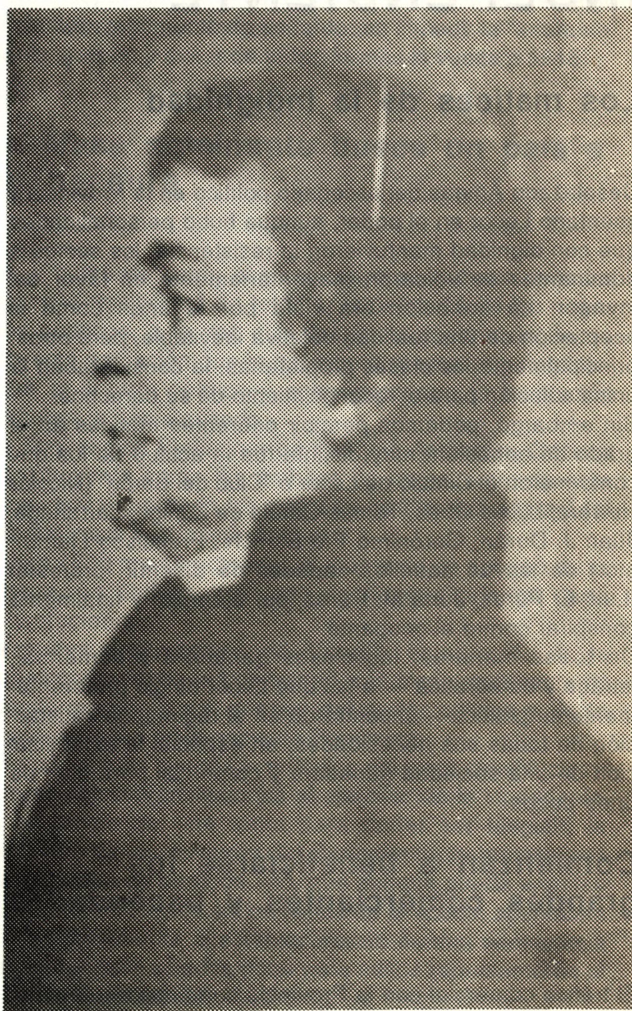
La sustitución de Otorgués por Barreiro en el mando militar y político de Montevideo, que implicó una solución transaccional entre los grupos en pugna, no disipó los temores de la gente principal. La "rebelión de los cívicos" (setiembre de 1816), que debió enfrentar el nuevo Delegado Extraordinario, es otro ejemplo claro de la aver-sión de la élite montevideana hacia el artiguismo, que al decir del Cabildo en 1816"... condenaba la riqueza como delito...".

Por qué el patriciado odiaba a Artigas

El programa radical del artiguismo afectó indudablemente los intereses de las clases dominantes. Aún aquellos sectores que en los comienzos lo habían apoyado, apostando a un restablecimiento de la paz púbica que rehabilitara sus alicaídos negocios, rápidamente comprendieron los riesgos que implicaba ese programa popular y democrático, inclinado ostentosamente en favor de "los más infelices", que ponía en cuestión los fundamentos de la propiedad terrateniente y limitaba las pingües ganancias de la oligarquía comercial montevideana.
Por eso, cuando toma cuerpo la acción contrarrevolucionaria de Portugal y del Directorio porteño, la clase dominante oriental preferirá la irrupción extranjera. Para esos hombres, vencer al artiguismo representaba la posibilidad de reinstaurar el ansiado orden económico-social que les devolvía la seguridad y el control directo de sus bienes. Los comerciantes y hacendados creyeron que con la derrota de Artigas ponían fin a la "anarquía" sediciosa y a los ataques a la propiedad, tantas veces denunciados en los documentos oficiales de la época.
"Para hombres como Tomás García de Zúñiga, Juan José Durán, Jerónimo Pío Bianchi o Francisco Llambí, la prudente política del "pacificador" Lecor otorgaba debido amparo a la "legitimidad" de la propiedad de la tierra y sus ganados..."(J.C.Williman).

Preparando la derrota

A la oposición sostenida de los sectores económicamente más poderosos, se les va a sumar, a partir de 1817, la de los grandes hacendados que en el quinquenio anterior habían apoyado la causa, constituyendo una fuerza importante en el frente patriota. "Los sectores conservadores comenzaron conversaciones con Buenos Aires, culpable notorio de la invasión portuguesa: Barreiro, Rufino Bauzá y los hermanos Oribe, por conductos diferentes, preparaban diversos planes que permitieran eliminar la radical jefatura artiguista y apoyarse en el poder porteño.
Aún el propio Rivera, que acompañó al Prócer hasta 1820, lo abandona entonces, no compartiendo el sesgo radical de la revolución y confesando años después que lo que lo había movido a eso fue el no querer "hacer la guerra a los particulares ni a sus haciendas..."
"Para los hombres que participaban en los intereses, valores, estilos de vida y opiniones de las clases ricas del campo, la transacción y el acuerdo, ya con los porteños, con los españoles o con los portugueses, era uno de los ingredientes siempre presentes en toda estrategia política. Aquel Artigas radical, carente de "flexibilidad" frente al dominio extranjero, no convenía a los grandes estancieros orientales". (L. Sala y otros).



TERCERA PARTE

LA CLASE DOMINANTE SE BENEFICIA CON LA CISPLATINA... HASTA QUE PUEDE SACAR MAYOR PROVECHO DE UN URUGUAY INDEPENDIENTE

Los matices de la indignidad

Desplazado Artigas del escenario político en la Provincia y asentado Lecor en el poder, aunque hubo personalidades que con dignidad mantuvieron la resistencia, los sectores dominantes se volcaron mayoritariamente en favor del invasor. La adhesión era vista por algunos como la aceptación de una realidad objetiva inevitable, pero otros, principalmente las clases propietarias, la consideraban la única solución para el reconocimiento de su derechos.

Sin embargo, podemos percibir diferentes matices en el grado de adhesión: muy distinta fue la actitud de los que conformaron el Círculo de Lecor o "Club del Barón" (Nicolás Herrera, Lucas Obes, Tomás García de Zúñiga, Larrañaga, Juan J. Durán, Gerónimo Pio Bianchi, Francisco Llambí, etc.) de las de aquéllos capaces de disentir, protestar (Luis E. Pérez, Juna M. Pérez, por ejemplo) y finalmente conspirar contra el ocupante.

De todas maneras, las clases ganadera y comercial, letrada y burocrática — a las que Lecor dirigió preferentemente su política— encontraron en el régimen la satisfacción de todas sus necesidades, en especial la estabilización de una sociedad ganadera y comercial para bien de unos pocos.

Comienzan a beneficiarse los grandes comerciantes y hacendados

El tráfico comercial con la Provincia comenzó a aumentar paulatinamente a partir de 1817; navíos portugueses e ingleses llegaban a nuestros puertos permitiendo la reapertura de casas de traficantes criollos y españoles. Comerciantes como Berro y Errasquín, Francisco Juanicó, Ignacio Oribe, Domingo Vázquez, entre otros, se prestaron a rehacer o acrecentar sus fortunas en las ciudades donde ahora flameaba el pabellón lusitano.

En el caso de los hacendados, la guerra constituía un flagelo implacable.

Debían lograr imperiosamente la concreción de la paz, pues estaban convencidos de que los costos de la guerra eran pagos sólo por ellos. Cuando vieron imposible la victoria artiguista, los grandes estancieros se volcaron también en favor del invasor.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que aparecieran disgustos y zozobras para los dos sectores privilegiados, comerciantes y estancieros. La Cisplatina comenzó a no aparecérseles tan dorada como habían imaginado.

Primeras desventuras de los comerciantes

Junto con los barcos extranjeros llegaron comerciantes y navieros de otras naciones, que significaron una competencia muy poderosa frente a los comerciantes criollos y españoles, lo que les impidió a éstos dominar el comercio de importación y exportación. "El dominio luso-brasileño comenzaba a generar un nuevo monopolio en favor de los comerciantes de su nación, provocando las primeras contradicciones entre burguesía comercial local y el nuevo amo" (L.Sala y otros: "La oligarquía oriental en la Cisplatina").

A esto se sumaba el problema de las tarifas. Las necesidades fiscales de los ocupantes llevaron a la autoridad portuguesa a proponer un aumento de la alcabala de reventa y la creación de un impuesto de depósito. Obviamente esto provocó el rechazo de los comerciantes, partidarios del libre cambio; los cuales, tras duras gestiones, lograron su abolición y sustitución por otros.

De todas maneras, el nuevo régimen no dejaba de resultar básicamente favorable a los intereses de la burguesía comercial montevideana.

La tierra: los beneficiados por Artigas son desconocidos o despojados

Los latifundistas perjudicados por Artigas con su reparto de tierras, procuran recurrir al ocupante para recuperar lo perdido.

"En cumplimiento de las instrucciones recibidas de Juan VI —en cuya redacción colaborara el montevideano Nicolás Herrera—, Lecor (...) procedió a reconocer la legitimidad de los propietarios de la tierra que se presentaran a deducir sus derechos y a otorgarles ampara en la efectiva ocupación material de la misma, pero sin expulsar a los llamados "poseedores de buena fe". Con esta solución de compromiso se procuraba no herir en forma directa a los donatarios artiguistas, ocupantes de

tierras ahora reivindicadas, reduciéndolos, sin embargo, a la condición de simples poseedores. A partir de esta situación, poco a poco, éstos irán pasando a la condición de arrendatarios, medianeros, y finalmente, en caso de desacuerdo total con los propietarios reconocidos, a la de expulsos y desalojados, marginados del proceso social.
En 1821 el patriciado obtuvo que se convocara a todos los poseedores para regularizar sus títulos, con lo que la gran mayoría de los donatarios artiguistas, reducidos a la condición de meros ocupantes, fueron definitivamente desconocidos en sus derechos, y, en el mejor de los casos, obligados a litigar con los viejos propietarios... Consolidada la situación, con el triunfo de las fuerzas protuguesas y la emigración de los orientales comprometidos en la insurrección, el patriciado logró y obtuvo que se fuera dando satisfacción a la efectiva posesión de sus tierras reconocidas en propiedad, con la expulsión de sus ocupantes o su reducción al rol de arrendatarios o incluso de peones..." (Reyes Abadie- J. Williman: "La economía del Uruguay en el S. XIX").

Los constantes robos de ganado hacia Brasil

Uno de los factores que incidió desde siempre en el descenso del stock ganadero de nuestro país fue la constante arreada de ganado en pie para los saladeros y las estancias de Río Grande. Ahora, con el avance portugués sobre la Provincia, este fenómeno se hizo más frecuente, lo que ocasionará airadas protestas de los hacendados exigiendo poner freno a tal despojo. Las autoridades lusitanas de la Cisplatina se vieron conminadas a llevar a la práctica ciertas medidas —como castigo a los saqueadores o compensación a los perjudicados— que aunque no fueron muy eficaces, aplacaron en parte la furia depredadora.

Comienza a cundir el descontento

Más allá de estas medidas que ponen de manifiesto una clara intención de los lusitanos de congraciarse con la clase principal de la Provincia, la realidad fue mostrando lo contrario. "A partir de 1820 —nos dicen Sala, Alonso, Rodrígues y De La Torre— empezó a aflorar la oposición política. Salvo un estrecho grupo de super privilegiados, el resto de la burguesía comercial y terrateniente se sintió postergada... La mayoría de los integrantes de la oligarquía montevideana fueron siendo relegados al ejercicio de las funciones menos representativas y lucrativas. Las funciones públicas más expectantes y mejor retribuídas, junto a los buenos negocios con el Estado, quedaron reservados a los asociados al "Club del Barón", la crema cisplatina dócil y flexible". Si a esto sumamos la sangría permanente de ganado hacia Río Grande —que llegó a más de cuatro millones de cabezas—; la competencia ruinosa para los saladeros montevideanos determinada por el auge de los riograndenses y las preferencias a los brasileños sobre los orientales en el reparto de tierras; nos resulta comprensible la buena voluntad de nuestras clases altas hacia el movimiento independentista que empezaba a gestarse.

Cómo se organiza la Cruzada Libertadora

La Revolución Libertadora de 1825 fue el desenlace inevitable ante una sucesión de desbordes del poder luso-brasileño, que hizo que la mayoría de la población se enfrentase al conquistador.
A la cabeza del movimiento encontramos caudillos rurales —en su gran mayoría estancieros— y representantes de la clase comercial terrateniente montevideana. J.A. Lavalleja, oficial artiguista proveniente de una familia de pequeños hacendados y donatarios artiguistas, y Manuel Oribe, militar de carrera de una familia de grandes latifundistas y comerciantes, son claros exponentes de ambos sectores.
Con la incorporación de Rivera y los caudillos rurales, se reforzará el sector caudillista que será apoyado por el grueso de la clase comercial montevideana no vinculada al Brasil.
Ambos sectores se mantendrán unidos, en medio de agudas contradicciones, hasta 1826-27 en que finalmente éstas estallarán.
Pero independientemente de los enfrentamientos, en algo sí estaban totalmente de acuerdo: en impedir la "anarquía" del artiguismo y evitar de todas formas la vuelta a 1815.

La clase dominante busca un país a su hechura

En el curso de estos acontecimientos, la clase principal tendrá la posibilidad de retomar la dirección de los negocios públicos, a la vez que buscar la concreción de un proyecto de nación que le permitiera recuperar y hegemonizar el control político y económico que la revolución artiguista le había quitado.
La Convención Preliminar de Paz y la Asamblea General Constituyente serán los ámbitos de reencuentro de esta clase, que superando las antiguas disidencias, logrará tal vez por única vez la unanimidad.
El año 1830 marca entonces el momento de apogeo de su integración política, reflejado en nuestra primera carta constitucional.
La nueva organización del Estado, establecida en la Constitución, daba la posibilidad a la clase dominante de transformarse en los dueños del poder político y de la jerarquía social en la naciente República.
Son por demás claros los artículos del texto constitucional que establecen limitaciones al ejercicio de la ciudadanía, la exigencia de una renta para poder ser elegido, la exclusión de los militares del Parlamento, la no inclusión de toda idea de partidos, etc, que aunque pueda argüirse que fueron comunes en los textos de la época, apuntaban fundamentalmente al establecimiento de una democracia censitaria en la que los ricos y los cultos representaran al resto de la población.

CUARTA PARTE

EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL PAIS, LA CLASE DOMINANTE SE TRANSFORMA Y SE EXTRANJERIZA

Como ya sabemos, el nuevo orden que intentó establecer el patriciado, no funcionó.

"...El aparato racional de las instituciones chocaría con la realidad histórica: los legisladores-electores, representantes de la "gente principal" de la sociedad civil, prácticamente dueños de las tierras de producción y de los medios de intercambio, no agotaban en sí mismos la totalidad de la comunidad oriental. De ahí la principal dificultad para dar vigencia efectiva al Estado patricio. Hubieron de valerse, entonces, para articular el aparato racional de la Constitución a la sociedad real, de la mediación de los representantes espontáneos de ésta, los caudillos". (Williman).

Rodear a los caudillos

Nuestro primer presidente constitucional, Fructuoso Rivera, fue rodeado por una camarilla patricia (los célebres cinco hermanos) que pretendió aplicar esta nueva estrategia donde el Presidente presidía y el ministerio patricio gobernaba.
Sin embargo la personalidad del caudillo-presidente dio el mentís a estas pretensiones. Su acentuado personalismo, su natural desorden y su imprevisibilidd destruyeron esas aspiraciones, haciendo inoperante toda el armazón constitucional.
La reacción de nuestra clase principal no se hizo esperar. Algunos sectores importantes de ella se alejaron del caudillo, agrupándose en torno a Lavalleja primero, y luego a Oribe, en quien creían ver al defensor de sus intereses en la ciudad y el campo.
Aquella unanimidad de nuestra clase principal habría de romperse, no obstante, durante las dos primeras presidencias constitucionales, y ahondarse aun más en el transcurso de la Guerra Grande.
El establecimiento del Sitio de Montevideo por las fuerzas de Oribe en 1843 y la creación de dos capitales en el país (Montevideo y el Cerrito) determinaron un realineamiento de sectores de la clase alta en torno a una y otra facción.

Una nueva clase dominante en Montevideo

En la ciudad-puerto de Montevideo —mercantilista, monopolista y liberal— se agrupó el sector de la clase principal constituído por comerciantes y especuladores que trataron de usufructuar en exclusividad las rentas derivadas del comercio exterior. Tendieron a consolidar una relación perpetua de dependencia con los proveedores y clientes franceses e ingleses que les asegurara su posición de privilegio en el comercio de tránsito del Río de la Plata. En buena medida, muchos fueron extranjeros establecidos en nuestro país en las décadas anteriores: Samuel Lafone, José de Béjar, el banquero Buschental, por ejemplo.
Constituyeron el sector que auxilió económicamente al gobierno de la Defensa. Varios de ellos, junto con otros comerciantes ingleses, franceses y españoles, formaron la "Sociedad compradora de los derechos de aduana" (1843), que se encargó de adelantar de un año para el otro el importe de la mitad de la renta, así como de aconsejar y asesorar financieramente. Algunos historiadores sostienen que en la Defensa se presencia la sustitución del empresario oriental por el comerciante extranjero, pues mientras el primero debió pagar contribuciones "voluntarias" de toda índole, el segundo fue eximido, ya que los buques de guerra de su país estaban en el puerto para protegerlo. Progresivamente todo el movimiento importador fue cayendo en su órbita, dando origen a grandes fortunas posteriores a la Guerra Grande y liquidando quizás económicamente al patriciado.

También se modifica la clase alta rural

En el Cerrito se nuclearon aquéllos que poseían intereses en el campo —estancieros y saladeristas— "partícipes de una política "nacionalista" reacia a la dependencia externa, en vista de una solidaridad americana, que respondía adecuadamente a la ubicación de sus mercados de exportación —Brasil y Cuba—..." (Reyes Abadie-Williman).

Al finalizar la Guerra Grande se produjeron cambios de importancia en la Campaña, que — en definitiva— van a conducir a ciertas modificaciones en la composición de la clase alta rural.
Durante la guerra, los blancos tuvieron el dominio de la campaña por más de nueve años, lo que los llevó a transformarse en el número mayoritario de propietarios de tierras, ya que Oribe confiscó grandes extensiones que pertenecían a sus enemigos políticos y las repartió entre sus seguidores. Por esta razón, auque la lucha por la tenencia de la tierra continúa hasta la década del 70, ya no va a alcanzar la misma intensidad.
Pero la guerra va a generar otra consecuencia aún más importante en lo que se refiere a la tenencia de la tierra y es la extranjerización de gran parte del territorio oriental.

Un potentado incansable

"Juan MA. Pérez es para aquella época (1830-40) el ejemplo máximo de multiplicación e integración de negocios.(...)

Poseía diecisiete estancias que totalizaban veintiséis "suertes" de campo (una setenta mil cuadras) en las que realizó ensayos de hacendado progresista en materia de caballos y mulas, tan necesarios los unos a las cotinuas exigencias militares como las otras al trabajo y al transporte de la época.
Su especialidad, sin embargo, fueron las tierras de los alrededores de Montevideo, en los que llegó a poseer las cinco mil cuadras del Rincón de Carrasco, Buceo y la Chacarita, que es como decir todo lo que queda entre Carrasco, Pocitos, la costa y Av. 8 de Octubre, llegando sus propiedades hasta la zona de Maroñas... También era dueño de veintiuna cuadras en torno a lo que es la Plazoleta del Gaucho; también de casi seiscientas cuadras en Punta Yeguas, de cien en Piedras Blancas y de diversas extensiones en otros lugares. (...)
Nada parecía escapar al apetito de extensión y multiplicidad de este precursor empresario capitalista. Sus casas en Montevideo llegaron a sumar ochenta en 1836; edificaba, compraba, alquilaba. Percibía dos mil pesos mensuales por alquileres en 1840 y la perla de su corona urbana era la gran casa de Plaza Independecia y Sarandí, construída para hotel y recién demolida en 1959.(...)
En el rubro comercial Pérez fue constructor y armador de barcos que cargaba con los productos que importaba y exportaba en gran escala ya que también fue consignatario, barraquero y acopiador de frutos. Se dice que su casa de comercio llegó a cumplir funciones de banco; carente de un mecanismo bancario eficaz hasta las últimas décadas del siglo, el naciente capitalismo uruguayo hubo de improvisárselo.
Prestamista del Estado, poseedor de grandes cantidades de deuda, también fue perceptor de los tributos públicos de papel sellado y alcabala, con derechos comprados en remate, como era habitual en ese tiempo."
(Extractado de Carlos Real de Azúa, "El patriciado uruguayo")

Nuestra Campaña se extranjeriza

Así, la clase alta rural estará integrada no sólo por un importante número de hacendados orientales (ahora mayoritariamente de filiación blanca), sino también por gran cantidad de extranjeros, de origen fundamentalmente brasileño y también europeos. Este pasaje de la propiedad de la tierra a manos extranjeras se debió a la tremenda baja que experimentó su valor después del conflicto se puede calcular que si una suerte de estancia (equivalente a unas 2.000 hectáreas) valía antes de la guerra unos $3.000, después del conflicto podía compararse en $1200. Esta baja en el valor de la tierra brindó una excelente oportunidad a los inversores extranjeros, que vieron en los campos uruguayos una buena forma de multiplicar sus ganancias. Además se vieron favorecidos por la necesidad de muchos hacendados uruguayos de vender sus tierras arruinadas durante el conflicto por haber perdido gran parte de su ganado.
En estas circunstancias, el capital brasileño se lanzó sobre el territorio oriental, llegando a ocupar, hacia 1857, 428 estancias sobre la frontera, que abarcaban alrededor de un 30% del territorio nacional. Prácticamente todo el Norte del Río Negro se vio colonizado por los brasileños. Junto con los brasileños, o inmediatamente después, llegaron los inversionistas europeos, fundamentalmente ingleses, alemanes, franceses y por último españoles. Aunque no existen cifras de la cantidad de tierras que compraron los extranjeros, se puede deducir que debe haber sido un número importante dadas todas las condiciones beneficiosas que encontraron.

Extranjeros indiferentes a nuestra política

Todos estos hechos llevaron a que la composición de la clase alta variara notablemente, aumentando mucho el peso de los extranjeros con respecto a los orientales. Y este hecho a su vez, tuvo importantes consecuencias en el campo político, ya que estos nuevos integrantes de la clase alta rural pocas veces se identificaron con los problemas de nuestro país ni con sus divisas. Las guerras civiles no sólo no tendrán para ellos el más mínimo interés, sino que tratarán de oponerse por todos los medios a que sigan sucediéndose ya que perjudicaban tremendamente sus intereses económicos, al llevar el caos y el desorden a la campaña. Fueron por lo tanto partidarios de fortalecer el aparato del Estado para poder evitar estos conflictos y nunca dudaron en recurrir a sus propios gobiernos para reclamar protección cuando lo creían necesario. Esto llevó a que gobiernos extranjeros, sobre todo el del Imperio del Brasil, dada su cercanía y su afán expansionista, interviniera más de lo debido en los asuntos de la política nacional.

Se beneficia el comercio montevideano

La extranjerización de las clases altas no se produjo sólo en el medio rural, sino que también ocurrió en Montevideo, aunque no tanto como consecuencia de la Guerra Grande sino de las olas inmigratorias que precedieron al conflicto. Este sector se hallaba integrado por grandes comerciantes importadores y exportadores, de los cuales, en 1853, el 80% era extranjero.
Los grandes comerciantes se vieron sumamente beneficiados en este período que se inicia después de la Guerra Grande, fundamentalmente debido al crecimiento de la población y la prosperidad de la campaña.
Ambos factores provocaron el aumento de los artículos de consumo y por lo tanto el de las importaciones en un país

netamente dependiente como era el Uruguay de 1860; y asimismo crecieron las exportaciones por el incremento de la producción.

También se beneficia la Campaña

Este crecimiento de la producción de la Campaña se debió fundamentalmente a la inexistencia de conflictos importantes que alteraran la paz en los campos orientales, lo cual permitió una rápida recuperación. A este hecho debemos agregar otro factor, la coyuntura internacional, que también favoreció el crecimiento de la economía nacional. En la segunda mitad del siglo XIX, Europa vivía un período de gran expansión debida al desarrollo de la segunda etapa de la Revolución Industrial, lo que llevó a que los productos que debía importar aumentaran continuamente en cantidad y en precio, con lo cual los comerciantes orientales aumentaban sus ganancias. Y junto con los comerciantes, se beneficiaron también los grandes estancieros, que eran en definitiva los productores de las materias exportables. El importante crecimiento de la producción y de las ganancias se va a ver reflejado en el aumento del precio de la tierra. Al finalizar la Guerra Grande habíamos visto que el valor de la hectárea estaba alrededor de $ 0,60 y diez años más tarde va a valer $ 2,09, o sea que experimentó un aumento del 248%.
El considerable crecimiento de la producción de la Campaña se vio reflejado en el incremento del comercio de exportación, así como en el desarrollo de la industria saladeril. Hacia 1860 el número de establecimientos saladeriles se duplicó y la exportación de tasajo creció entre 1859 y 1862, un 142%.

Comerciantes, y además prestamistas

Pero además del comercio de exportación de los productos nacionales, la clase alta montevideana se benefició con el llamado comercio de tránsito, es decir el que se desarrollaba a través de nuestro puerto y de nuestros comerciantes entre Europa y las provincias del litoral argentino y Río Grande. Debido a las condiciones políticas en las que se encontraban el Brasil y la Argentina, este tipo de comercio alcanzó gran intensidad durante la década del 60, convirtiéndose en una de las mayores fuentes de ingresos de los grandes comerciantes montevideanos.



Así se consolidó un pequeño pero fuerte núcleo de comerciantes capitalinos, de los cuales la mayoría eran extranjeros, sobre todo europeos.
Con el capital que fueron acumulando a partir de la prosperidad de su negocio, estos comerciantes también actuaron como prestamistas, y de ese modo aumentaron considerablemente su fortuna, pues pasaron a ser los principales dueños del oro, por ser ésta la moneda con la que realizaban todos sus negocios con las firmas europeas.
En este aspecto, los prestamistas supieron extraer el máximo provecho de las dificultades financieras que padecía el Estado (y por lo tanto sus funcionarios), comprando los certificados con los que el gobierno les pagaba a sus empleados un 5% de su valor nominal, y cobrándolos 6 meses más tarde en la Tesorería.
También aprovecharon y convirtieron en una de sus mayores fuentes de ingreso los Titulos de Deuda Pública que emitió el gobierno después de finalizada la Guerra Grande.

Banqueros uruguayos y banqueros europeos

Con la creciente acumulación de capital que se produjo a partir de estos movimientos de dinero, surgieron los primeros bancos. En 1857 abre sus puertas el Banco Comercial, fundado, como lo indica su nombre, por los más poderosos comerciantes de Montevideo, entre ellos: Pablo Duplessis, Zumarán y Cía., Samuel Lafone, Jaime Cibils, etc.
Pocos años más tarde, también los capitalistas europeos empezaron a reforzar sus inversiones: en 1863 se abrió una sucursal del Banco de Londres y Río de la Plata, que aunque contaba con importantes capitales nacionales, enviaba sus utilidades a Londres.

Unanimidad en favor de la paz

Ya entrada la década del 60, en el Uruguay renacen las luchas interpartidarias y entonces se va a sentir más que nunca el clamor de los distintos sectores de las clases altas, tanto urbana como rural, para lograr la implantación de la paz en el territorio. Nada peor que las guerras civiles para los grandes hacendados, cuyas tierras y ganados habían multiplicado su valor en pocos años, en tanto que una nueva guerra los llevaría a la ruina. Y por supuesto tampoco los ricos comerciantes podían permitir que se convulsionara el orden, ya que eso implicaría la baja inmediata, tanto de las importaciones como de las exportacioens. Tampoco, los hombres dedicados a las finanzas, tenedores de títulos de Deuda Pública, o banqueros, podían permitir que el valor del oro decayera, como estaba sucediendo en los años 70, y que la crisis económica y financiera siguiera adelante.
Así, la paz, el orden y la seguridad eran los elementos comunes que unían a los distintos sectores de las clases altas uruguayas. Y juntos van a buscar el modelo político que les garantice ese estado de cosas: lo van a encontrar en el militarismo. Este modelo, a su vez, pagará con creces a estos sectores el apoyo prestado.

QUINTA PARTE

LA CLASE DOMINANTE EXIGE ORDEN: LLEGA EL MILITARISMO.

De todos los sectores que componen la clase dominante, el que más colaboró, quizá, para que se implantara la paz y el orden en el país con el modelo militarista, fue el integrado por la clase alta rural, o sea los hacendados.

Un sector de hacendados tradicionales

Dentro de este grupo asistimos a un proceso que se va gestando desde fines de la Guerra Grande y es el permanente arribo de extranjeros a este sector. No es que el antiguo patriciado haya desaparecido o esté dedicado a otra actividad: se sigue manteniendo en la cúspide de la clase alta, manteniendo sus privilegios y su prestigio. A propósito de este sector dicen Barrán y Nahum: "El patriciado, sin embargo, no desapareció. Despegado de la actividad económica por una "intelectualización" progresiva de sus medios de vida (política y cultura fueron en esa década sus preferencias naturales), arruinado muchas veces por la misma anarquía revolucionaria en que el país vivió durante su predominio, poseyó durante estos años, no sólo el dominio de la cosa pública, sino también otro prestigio: el que surgía de su estilo culto y señorial. El patriciado, aunque cada vez más sustituído en lo económico, brillaba todavía por el status elevado que le confería el pasado —su identificación con la nación desde los más lejanos tiempos—, la cultura y la política. En este brillo debemos buscar la causa de un hecho social fundamental: la nueva clase no lo desplazó por completo, lo correcto sería decir que se dejó influir por él e incluso se unió a él (las alianzas matrimoniales jugaron en ello un papel decisivo). ("Historia rural del Uruguay moderno", tomo I).
Este grupo de hacendados tradicionales de origen oriental o brasileño se ubicaba al Norte del territorio. Son los llamados hacendados arcaizantes, por tener una mentalidad bastante conservadora y una cierta resistencia a los cambios que debían realizarse en la forma de explotación de la tierra.

El sector rural extranjerizado y modernizador

En cambio, el sector que surge después de la Guerra Grande, al que llamaremos la nueva clase alta rural, fue propulsor de las modificaciones en la estructura económica nacional que condujeron a la llamada modernización. En este sector jugaron un papel muy importante los extranjeros que, aunque no fueran la mayoría, le imprimieron algunas características muy especiales, sobre todo en lo que se refiere a la mentalidad con la que encararon la explotación de la tierra y a su ubicación en la vida del país.

HACENDADOS QUE SON HOMBRES DE EMPRESA

"Provenían de un medio económico más desarrollado que el oriental y lograron la perdurabilidad del espíritu de empresa que traían —impidiendo la absorción por la sociedad tradicional—, manteniendo ligazones con Europa y el medio mercantil y bancario montevideano; crearon un clima extraño al medio campesino uruguayo que les permitió mantener las condiciones psicológicas de su país de origen por largo tiempo; fueron propietarios privilegiados en las guerras civiles o por ser neutrales en las mismas o por cobrar antes que nadie y en mejores títulos que los criollos, los perjuicios que la actividad bélica ocasionaba; poseyeron una liquidez mayor en capitales ya de por sí importantes cuando no cuantiosos; y en última instancia tenían frente al cambio una permeabilidad mucho mayor que el integrante de la sociedad tradicional, como que se habían desarraigado de su patria de nacimiento con un espíritu de aventura y riesgo que siempre fue esencial en las motivaciones de la conciencia burguesa y capitalista. No es extraño, por lo tanto, que se hayan convertido en uno de los más poderosos elementos sociales que alentaron la modernización económica de la campaña. Fueron los primeros, como ya hemos demostrado, en basar su fortuna en el ovino, experiencia nueva y revolucionaria en el Uruguay de 1860; serán también de los primeros en experimentar con el mestizaje y con el alambrado. Su espíritu moderno no se agotó en los cambios técnicos dentro del agro. Influyeron incluso en la toma de conciencia —que debía ser el resultado más concreto del desarrollo económico— de que la estancia era una empresa antes que un señorío patriarcal."
"Con su ejemplo y su espíritu de empresa, fueron los hacendados extranjeros de origen vasco, catalán, inglés, francés y alemán uno de los pivotes sobre los que giró la formación de la nueva clase alta rural y, por consiguiente, todo el proceso dei cambio económico en la campaña."
(Barrán y Nahum).

En defensa de su clase, por encima de los partidos

Pero como ya dijimos, la nueva clase alta rural no estuvo integrada sólo por extranjeros. Muchos hacendados uruguayos, algunos vinculados al viejo patriciado, otros vinculados a fortunas de origen mercantil y otros que se hicieron hacendados por sí mismos, integraron también este sector.
Para tener más éxito en sus objetivos, la nueva clase alta rural utilizó un recurso que le era conocido desde la época colonial: el de la agremiación, y así nació la Asociación Rural que nucleó a un grupo de hacendados progresistas, tanto de origen nacional como extranjero, impulsores de los cambios económicos de la campaña, que a pesar de no ser importante numéricamente, actuó como grupo de presión, influyendo en forma decisiva en la actividad política del país.
La Asociación Rural gravitó de manera permanente en la vida nacional desde 1870 en adelante, utilizando sobre todo la presión que podía ejercer sobre el elenco gobernante en razón de su enorme peso económico. Fue responsable directa de la implantación del militarismo en 1875 y luego siguió actuando en la vida política, más allá de las luchas partidarias, sin identificarse con ninguno de los partidos tradicionales, sino defendiendo los intereses de la clase que representaba.

También la clase alta urbana apoyó al militarismo

Si bien el soporte fundamental para que el coronel Latorre llegara al poder fue la clase alta rural actuando e incidiendo de manera significativa desde la Asociación Rural, las clases altas urbanas también tuvieron su intervención en el asunto.
Banqueros, vinculados sobre todo al Banco Comercial y al Banco de Londres, prestamistas, grandes comerciantes, tenedores de Títulos de Deuda Pública, grandes saladeristas, apoyaron el ascenso del militarismo al poder con la esperanza de que éste corrigiera la situación económica crítica a la que había llegado el país en el año 1875. Y como ya se vio en otros fascículos, el gobierno del dictador les retribuyó como correspondía a estos sectores.
Grandes comerciantes importadores y exportadores, saladeristas y banqueros se unieron en la Bolsa de Comercio, que fue uno de los grupos de presión que más colaboró en el ascenso del militarismo. Estos sectores necesitaban recuperar la confianza en nuestra seguridad y eficacia de sus inversiones. Para ello, como ya se sabe, Latorre adoptó una serie de medidas que colmaron totalmente las expectativas de estos sectores. A eso apuntó la valorización de la moneda (el oro bajó de $8,57 a $2,85 en pocos días), el sacar de circulación y quemar los billetes emitidos sin respaldo y finalmente el establecimiento del monometalismo, o sea aceptar al oro como único respaldo del papel emitido. Esta medida era fundamental para la clase dominante, ya que el precio de la plata se había desvalorizado grandemente a raíz de los descubrimientos de grandes yacimientos de ese metal en los Estados Unidos.
La regularización de los servicios de Deuda Pública, que en los años anteriores habían disminuído considerablemente, fue muy favorablemente acogida por un importante sector de nuestra burguesía capitalina, integrada en su mayor parte por capitales extranjeros, y ello le valió al dictador los elogios permanentes de los gobiernos europeos.

Un cuarto de siglo dorado para la clase alta

Durante todo el período militarista, y aún después, con el retorno al civilismo, nuestra clase alta llevó una vida fastuosa. Ese último cuarto de siglo hasta el Novecientos, fue el momento dorado de nuestros sectores más pudientes, y el Uruguay presenció el cuadro de un vasto sector privilegiado de su sociedad dedicado a llevar una vida de lujo y ostentación como nunca se había conocido entre nosotros. Se construyeron residencias fastuosas, se importaban los ajuares para la casa directamente de París, las modas europeas imperaban casi al par que en los centros de origen.
Las clases altas uruguayas, sobre todo las urbanas, no sólo vivieron este período con todo esplendor, sino que trataron además de que ese esplendor fuera lo más visible posible y que quedaran cada vez más claras las diferencias que las separaban del común de la sociedad. Ya no se trataba sólo de ser rico, sino de demostrar cuán rico se era.

La riqueza hacia fuera y la riqueza de dentro.

"Ningún índice mejor de las posibilidades económicas que la aparición del balcón. Quien pudiera echaba abajo la tradicional reja española y construía un balconcito para que a él se asomaran las hijas de la familia, aun a costa de quedarse muy pronto atrás en la carrera del chic. Y detrás del balcón, se instalaba un nuevo reino: el de la decoración. "Antes —dice Arturo Giménez Pastor— con el clásico sofá de cerda, una media docena de sillas de esterilla que la esposa amantísima se encargaba de adornar con pañitos de crochet, y la histórica cómoda de siete cajones, tenía un matrimonio todo lo necesario para vivir feliz; hoy la sala ha de ser Luis XV, porque la moda no transige con otro Luis, y requiere piano, doble colgadura y chiffonières; en el dormitorio, ningún matrimonio que se estime puede dormir tranquilo sin la correspondiente cómoda psiché; y el comedor Renacimiento es inevitable."

(Angel Rama, "La belle époque" en Enciclopedia Uruguaya)

Una "belle époque" como en Paris

Los principales lugares de reunión eran los clubes privados, fundamentalmente el Jockey club y el Club Uruguay. Con la fundación de estas entidades la clase alta urbana daba un paso adelante, al eliminar la existencia de los clubes privados cuya entrada era exclusivamente para los extranjeros.

Dos centros dorados para las clases altas.

"Las dos organizaciones que se imponen al concluir los años ochenta dan la pauta de este rumbo: son el Club Uruguay y el Jockey Club. Ambos apuntan a una superación de un régimen anterior particularmente ingrato para los nacionales: el de los clubes privados exclusivamente destinados a extranjeros —ingleses, franceses, alemanes— donde no se permitía el ingreso de ningún uruguayo. Los nacionales que aspiraban a crear sus propios círculos cerrados, imitando puntualmente el modelo inglés, consiguen su mayor triunfo cuando en 1888 se inaugura el Club Uruguay cuyos mármoles fueron fatalmente de Carrara, sus espejos obligadamente franceses y todo el edificio, como podían imaginarlos los hermanos Marini, sus constructores, una mezcla de Italia renancentista y Versalles otoñal. Algunos bailes, muchos banquetes y homenajes, una tertulia cansina, la posibiidad de un Carnaval para los mejores solamente y una falange de mozalbetes vestidos de punto en blanco —la "jeunesse dorée", decían los periódicos de época— que pasaba las horas frente a la puerta viendo desfilar a las mujeres por la calle Sarandí, fueron sus rasgos típicos. Allí coincidían las figuras del gobierno, las altas finanzas, los diplomáticos, las jóvenes casaderas acompañadas de sus madres, los extranjeros y una variada fauna de elegantes. El "tout Montevideo" tuvo desde entonces un lugar selecto para reunirse y un palco, equidistante de la Iglesia y el poder Legislativo, para contemplar cortejos, desfiles, asonadas y hasta el asesinato de un presidente: Idiarte Borda."

Angel Rama, "La belle époque", Enciclopedia Uruguaya).

Esta clase alta, en cambio, no era muy afecta a las reuniones sociales en casas de familia, las visitas no eran comunes y se preferían más los paseos por los parques o las playas, según la estación, que se convertían en los centros de la sociabilidad.

Playas para hombres, playas para mujeres

"Las familias bien se bañaban en la zona donde los sexos quedaban cuidadosamente separados: enfundados en lo que correctamente se llamaban trajes de baño salían de los carritos, se entraban un instante en el mar y cumplido este ritual de procedencia inglesa y francesa que la mundanidad exigía, volvían a vestirse para el paseo. Sólo parecían disfrutar de esa parte del ceremonial veraniego las gentes de medio pelo que se bañaban en la zona promiscua, mujeres, hombres y niños entreverados. Para la "high life", en la cual ya tenían cabida los turistas porteños, lo importante era pasear, oir la música de la banda que tocaba a la caída del sol, establecer relaciones y dormir suculentas siestas.
Por sobre todo, entablar acercamientos amorosos, que sin embargo no eran todo lo fáciles que podría imaginarse."

(Angel Rama, "La belle époque", Enciclopedia Uruguaya).

Los domingos o feriados únicamente, uno de los paseos preferidos eran el Prado o el Parque Urbano (hoy Parque Rodó), que hasta la primera década de este siglo fueron disfrutados exclusivamente por los sectores privilegiados de nuestra sociedad. Luego, cuando el resto de la sociedad también comenzó a frecuentarlos, los ricos buscaron otros lugares de esparcimiento. Uno de los más divertidos fue el parque de Villa Dolores, que mandara construir con materiales exclusivamente importados Rossell y Rius, uno de los hombres más ricos de Montevideo, para el cual importó también una serie de animales exóticos.
Como dijimos, también se frecuentaban las playas, o mejor dicho, la playa de los Pocitos, porque ni la de Santa Ana ni la de Capurro lograron nunca igualar el prestigio de aquélla.
Otro de los paseos que gustaba realizar la alta sociedad montevideana era el recorrido por la calle Sarandí desde la Plaza Constitución hasta la Plaza Independencia, aunque los más arriesgados llegaban hasta la Plaza Cagancha.

Pero también en estos paseos, los ricos gustaban diferenciarse claramente de las clases bajas, ya que los primeros transitaban por la vereda norte de Sarandí mientras los segundos lo hacían por al sur. También los negocios instalados en la calle Sarandí acompañaban estas desigualdades, encontrándose los más lujosos y refinados del lado norte.

SEXTA PARTE

LA CLASE DOMINANTE DURANTE EL PERIODO BATLLISTA

Quiénes integraban las clases conservadoras en el Novecientos

"Las clases conservadoras", como gustaron llamarse los altos sectores de la sociedad uruguaya al comenzar este siglo, mantenían prácticamente la misma integración que habían tenido en todo el siglo XIX.
Básicamente estaban formadas por los grandes hacendados, saladeristas, barraqueros, grandes comerciantes importadores y exportadores, banqueros, etc. Con frecuencia estos grupos estaban entremezclados, porque el gran estanciero tenía a su vez un saladero, y por lo tanto se vinculaba además al comercio de exportación; o el rico industrial integraba el directorio de algún banco, etc. Pero otras veces, según los vaivenes de nuestra economía, los distintos sectores se vieron enfrentados en la defensa de intereses propios cuando perjudicaban a algún otro sector. Para eso, entre otras cosas, buscaron agremiarse, y así vimos cómo surgieron distintas agrupaciones representativas todas ellas de la clase alta, como la Asociación Rural, la Cámara de Comercio o la de Industria, etc.
En el siglo XX, además de estos conflictos entre los distintos sectores, van a surgir problemas nuevos: la aparición de nuevos grupos ideológicos o políticos como los anarquistas, los socialistas, y aún el propio batllismo, que muchas veces van a atacar directamente los intereses de la oligarquía...

El sector más poderoso: los grandes hacendados

El sector más fuerte dentro de la clase alta en este período, es el de los hacendados: alrededor de 1300 familias eran poseedoras de más del 40% del territorio. Como vemos, a pesar de los cambios experimentados, seguía existiendo el latifundio en el país; pero lo que sí había cambiado era el grupo que tenía la propiedad de la tierra. De estas familias, sólo un porcentaje mínimo corresponde al antiguo patriciado anterior a la Guerra Grande; alrededor de un 10%. El resto, o sea la mayoría, recibió la tierra en el correr de la segunda mitad del siglo XIX. Factores como las guerras civiles, las divisiones por herencia y sobre todo, según algunos contemporáneos, la ruina de la mayoría de los estancieros a causa del estilo de vida que llevaban, provocaron este pasaje de manos de las grandes estancias uruguayas. Los nuevos dueños de la tierra eran, o bien extranjeros, de los cuales la mayoría ya eran propietarios de tierras en su país, o comerciantes montevideanos; en otras palabras, de alguna manera ya eran integrantes de la clase alta, no rural, sino urbana.

Cambian los grandes dueños de la tierra

La clase alta rural en 1914 ofrecía, por tanto, una nueva imagen. Un 50% de sus miembros hacía a lo sumo dos generaciones que poseía el suelo. Un 50% provenía del medio mercantil en sus diversas formas. La movilidad vertical queda demostrada. El latifundio persistió, aunque atenuó su dominio sobre el país. Pero los latifundistas no eran los mismos y todo indicaba que la renovación de la titularidad de los fundos persistiría por mucho tiempo aún. **La tierra atraía a todas las grandes fortunas,** tuvieran el origen que tuvieran. Porque **era rentable, pero también porque proporcionaba seguridad y posición social.**
Los lazos entre los fuertes terratenientes y la burguesía mercantil y banquera se anudaron. Las cúspides, por lo menos estaban en todos los sectores económicos a la vez. Esto desdibujó, urbanizando, a buena parte de la clase alta rural".
(Barrán y Nahum, "Historia rural del Uruguay moderno" tomo 6, págs. 294-95).



José y Arturo Cabal, fundadores de la exposición permanente de industrias nacionales

El distinto origen de los nuevos dueños de la tierra

FAMILIAS DE INMIGRANTES QUE INGRESAN A LA PROPIEDAD DE LA TIERRA:

I Con capitales propios: ingleses, alemanes y franceses 25%
II Sin capital: vascos. Fortunas provenientes del trabajo rural, casi siempre como ovejeros 20% 45%

FAMILIAS QUE INGRESAN A LA PROPIEDAD DE LA TIERRA, POSEYENDOLA YA EN OTROS PAISES:

III Brasileños 25%

FAMILIAS QUE INGRESAN A LA PROPIEDAD DE LA TIERRA DESDE EL MEDIO COMERCIAL Y URBANO:

IV Orientales que lograron sus campos por alianzas matrimoniales o servicios al Estado...6 %
V Familias vinculadas al comercio rural-urbano: troperos, pulperos, barraqueros, saladeristas y banqueros 24% 30%
100%

(Estudio realizado por Barrán y Nahúm sobre el origen social de 98 de las familias descriptas hacia 1916-17 en el "Album Pur Sang" (sic). Quedan fuera del cuadro 11 familias más, cuya posesión del suelo es anterior a la Guerra Grande).

También pesaba la clase alta urbana

Dentro de la clase alta urbana se encuentran los antiguos comerciantes importadores y exportadores, los banqueros, prestamistas, barraqueros e industriales. Los primeros ven declinar su poderío económico; como ya habíamos visto los, comerciantes habían logrado su fortuna fundamentalmente a través del comercio de tránsito, y éste, dada la consolidación de la nacionalidad tanto argentina como brasileña, y de la utilización exclusiva de sus puertos para relizar su comercio, ya no tenía sentido. Tampoco los títulos de Deuda Pública, base en parte de las grandes fortunas de los comerciantes, seguían constituyendo un buen negocio, ya que el gobierno se manejaba cada vez más con los préstamos del exterior.
Junto con la permanente decadencia del alto comercio, a principios de siglo asistimos al surgimiento de otro sector llamado a ocupar un papel importante en la clase alta urbana: el de los industriales.

Emerge un sector poderoso: los industriales

Este sector, integrado fundamentalmente por inmigrantes de origen europeo, por capitales ingleses y norteamericanos, fue el más dinámico dentro de la clase alta, a la vez que el que encontró mayores dificultades para definir una política clara, a causa de la diversidad de elementos que debió contemplar.
El desarrollo de la industria se va produciendo en el país desde la época del militarismo. En un principio, ese desarrollo se volcó exclusivamente a la llamada industria de consumo, que contó en general con una política proteccionista altamente beneficiosa por parte de los gobiernos de la época.
El proteccionismo estatal y la explotación al máximo de la mano de obra obrera (jornadas de más de 10 horas, medio salario para las mujeres y 1/4 para los niños) fueron los factores fundamentales que permitieron el surgimiento de algunas importantes concentraciones de capital.

Industriales que prosperan

A continuación veremos dos ejemplos que citan Barrán y Nahúm:
"La fábrica de tejidos Salvo Hnos, creció al amparo de la ley del 23 de diciembre de 1898, que la eximió del pago de derechos de importación sobre las maquinarias, el yute y el algodón en rama. En 1900 eran 60 obreros trabajando en un suburbio de Montevideo, Pueblo Victoria. Asociados a Campomar, durante la primera presidencia de Batlle abastecieron al ejército y a la policía con ponchos. En 1909, la fábrica en Juan Lacaze -Colonia- ocupaba a 600 obreros, entre ellos un elevado porcentaje de mujeres y niños."
"La curtiembre de Lanza Hnos., en Nuevo París -Montevideo-, empezó a desarrollarse al amparo de la primera ley proteccionsita de 1875 y por la compra a precios muy reducidos del gran artículo nacional: el cuero. Una fábrica de calzado y un comercio céntrico donde se vendía la producción de ambos establecimientos al público y a los zapateros, completaron la concentración vertical de este pequeño pulpo de nuestros negocios. Abundaban entre el personal de la fábrica de calzado los menores de 15 años."
"Conocemos a través de los "libros diarios" las ganancias "netas" de la curtiembre, luego de descontar los sueldos mensuales que retribuían a sus dueños, restar los gastos de la familia Lanza, desde la suscripción a "El Siglo" hasta el alquiler de sus viviendas y abonarles un 6 o 7 % de interés fijo sobre sus respectivas cuentas de "Capital". En los 5 años de dificultades en todo el país (1896-98 y sobre todo 1913-14), la utilidad alcanzó un promedio de 8,49% sobre el capital.
En los otros 5 de prosperidad generalizada, la utilidad promedio se elevó al 19,89. Es decir que cada año de perspectivas económicas "normales", el capital de la curtiembre se duplicaba. El mercado interno asegurado, los bajos salarios abonados -y el tesón de los empresarios ¿por qué no?- explican este espectacular resultado. Juan Domingo Lanza, presidente de la Cámara de Industrias durante varios períodos de este novecientos, adquirió luego casa en Carrasco y estancia en el Interior."

Sin embargo, estas grandes concentraciones de capitales nacionales o "nacionalizados", o sea de inmigrantes que podían recurrir al gobierno de sus respectivos países cuando los consideraran necesario, representaban solamente el 4,03% de los establecimientos industriales del país y ocupaban al 26,17% del personal.

La mayoría de las empresas eran más bien pequeñas, tanto en capital como en número de obreros utilizados; es decir, eran industrias de tipo artesanal dedicadas fundamentalmente a la producción de artículos de consumo tales como alimentación, muebles, vehículos, etc.

El poderoso capital británico

Las grandes concentraciones de capital extranjero fundamentalmente británico- se encontraban en los servicios públicos y también en la industria frigorífica, recién aparecida, aunque en este rubro la competencia con los capitales norteamericanos ya era importante. Esto implicaba a 14 establecimientos, o sea el 0,55% del total y ocupaba al 30,15% de los obreros.

Los inversionistas británicos o sus representantes, ya que muchas veces los capitalistas vivían en Inglaterra, tenían una pequeña pero poderosa colonia en el Uruguay, que contaba con su propio periódico, **The Montevideo Times**, así como escuela, club e iglesia también exclusivos.

Este sector es, junto con el de los hacendados, el más poderoso económicamente dentro de la clase alta y también uno de los más influyentes en la conducción política del país, dado que gran parte de sus capitales estaban invertidos en títulos de deuda pública.

Según los datos aportados por Barrán y Nahúm, el capital británico invertido en el Uruguay en los primeros años del siglo, ascendía a unos 50 millones de libras. Ese capital se distribuía fundamentalmente entre las empresas de servicios públicos tales como ferrocarriles, aguas corrientes, gas, etc; los cuatro bancos ingleses y buena parte (más de la mitad) de las compañías de seguros.



Además, Gran Bretaña era el principal proveedor del país, de la cual importábamos entre un 25 y un 30 % del total de mercaderías que entraban al puerto de Montevideo.

Algunos documentos de la época reflejan la importancia que tenía el capital inglés en el curso de la economía y la política de este país.

Así nos veía el Imperio

Escribió el Ministro en Montevideo, Robert J. Kennedy, a Sir Edward Grey en 1907:

"Uruguay es un país que ha sido construído por el capital británico y la empresa británica. Los ferrocarriles, las aguas corrientes, el gas, los teléfonos, la mayoría de los tranvías, cuatro de los principales bancos, así como el servicio telegráfico transatlántico, están en manos británicas. Numéricamente la colonia inglesa es pequeña (...) pero es rica y ocupa una buena posición social y comercial. Muchos súbditos británicos poseen grandes estancias, y están casados con lo mejor, es decir, las más ricas familias orientales, pero al orientalizarse muestran una marcada tendencia a perder algunas de sus principales características británicas..."

Un estilo de vida y un modo de pensar

Los distintos sectores que conformaban las clases conservadoras residentes en Montevideo en el Novecientos, no llegaban más que al 4,48% de la población total de la ciudad, pero percibían por lo menos el 29,25% del ingreso global. Se concentraron en determinados barrios; sobre todo en la Ciudad Vieja y el Centro hasta la calle Ejido. Pero, además, generalmente poseían quintas en el Prado o chalets en Pocitos o Carrasco.

Rasgo característico de estas familias fue tener entre 2 y 3 sirvientes como mínimo, cocinero, mucama y cochero o chofer.

Mantenían la exclusividad de la concurrencia a los dos clubes más distinguidos de la ciudad, el Jockey y el Uruguay, y la gran mayoría mandaba a sus hijos a estudiar a colegios privados, generalmente religiosos.

Pero además, la clase dominante llegó a desarrollar una manera de pensar y un cuadro de valores propios, que conviene examinar de cerca. No fueron idénticos para todos los sectores que la componían, por lo que vale la pena analizar también sus diferencias.

La mentalidad de la clase alta rural

El conjunto de ideas que conforman la manera de pensar, y por lo tanto de actuar, de la clase rural, terminó de

modelarse a fines del siglo XIX y siguió ampliándose y consolidándose en las primeras décadas del siglo XX. El sector de los hacendados se identificó a sí mismo como el más importante de la sociedad uruguaya, por ser uno de los protagonistas de la actividad económica esencial para la vida del país: la ganadería. Los estancieros se identificaron hasta tal punto con la actividad que ejercían, que si se dirigía algún ataque a la clase alta rural, se lo tomaba como un ataque a la base económica del país, a la vida misma de la República. Por estas razones existió una especie de identificación de entre los estancieros con el "ser nacional", mientras que los propulsores de la actividad agrícola tenían algo de "extranjerizante".
El razonamiento que seguían los hacendados, ya desde la fundación de la Asociación Rural, era relativamente sencillo: la base de la riqueza del país era la ganadería; por lo tanto ellos, dueños de esa riqueza, debían ser la clase predominante. El Estado tenía que estar a su servicio, introducir una serie de mejoras imprescindibles para perfeccionar la explotación ganadrera, establecer la paz a cualquier precio para que la actividad de la Campaña siguiera siendo rentable, pero no debía reglamentar la actividad económica. En pocas palabras: el Estado debía ayudar a los hacendados para que éstos -y el país-prosperaran, pero no debía intervenir en la economía. Esta ha de regirse por los principios "naturales", que nadie puede ni debe modificar. Como vemos, estos principios se identifican con el liberalismo más puro y encontraron eco en el gobierno de Latorre, como ya vimos en otros fascículos.
Estos principios llevaban, por supuesto, a perpetuar la situación existente, o sea a que la ganadería siquiera siendo la única fuente de riqueza en el país y ellos, los ganaderos, el sector poderoso dentro de la clase dominante.

Defensa de la propiedad de tierras y ganados

Para estos ganaderos había un principio fundamental, sin el cual no podían desarrollar el resto de su pensamiento: la importancia de la propiedad privada, tanto de tierras como de ganados.
La propiedad de la tierra les ofrecía a los ganaderos seguridad, status y beneficio económico. En base a estos tres pilares, los hacendados prefirieron siempre invertir en la compra de nuevas tierras, o sea, aumentar sus posesiones, antes que invertir en mejorar las tierras que ya poseían. Esta tendencia llevó a mantener, cuando no a aumentar, la existencia del latifundio. El reformismo batllista de principios de siglo cuestionó permanentemente la existencia del latifundio, al cual responsabilizaba en parte de la despoblación de la campaña. Ante los ataques del reformismo, la clase alta rural tuvo que iniciar la defensa del latifundio, ya que cuestionarlo podía implicar el cuestionamiento de la propiedad toda.
En realidad, los rurales no defendieron al latifundio en sí mismo, sino que lo defendieron como un producto "natural" de la estructura económica nacional, y que por lo tanto "naturalmente" desaparecería.

El ideológo del latifundio

Escribió Irureta Goyena en 1909: "En sociedades como la nuestra... (...) en que el desarrollo vegetativo de la población es grande, mientras domine en ellas una institución del carácter de la legítima, que dispersa en un minuto, periódica y automáticamente, lo que se ha acumulado en muchos años de esfuerzo y de previsión, los latifundios no pueden inspirar cuidado alguno. Existen, pero se desvanecen poco a poco bajo la acción de la herencia".
Un año más tarde, en otro artículo periodístico precisó: "Si el latifundio fuera por otra parte un mal, preciso es confesar que ese mal no sólo tiende a desaparecer, sino a transformarse por el sólo transcurso del tiempo..."
Además, el ideólogo de la Asociación Rural encontraba causas naturales para explicar la existencia del latifundio, de la misma manera que, como vimos, encontraba razones naturales para que desapareciera: "... el latifundismo -fenómeno más aparente que real- y que se desvanece poco a poco, tiene su origen en que la tierra es "mucha con relación a su población" (...) son pocos los excluídos, y su número se reduce cada vez más;(...) la tierra se halla por lo general en manos de quienes la trabajan y existe cierta correspondencia económica ventajosa entre el régimen de explotación que se practica y la división natural de la propiedad..."

De manera que la defensa del latifundio se halla ligada a la defensa de la ganadería, y sobre todo de la explotación extensiva de dicho ganado. Estos eran los pilares de la ideología conservadora: la defensa del latifundio y de la ganadería extensiva, ya que sin estos dos pilares su permanencia en la cúspide de la clase alta no sería posible.
A ello debe sumarse otro argumento que para ellos es de gran imprtancia: la escasa rentabilidad de la agricultura. En este caso, mezclan argumentos que son reales, como esa baja rentabilidad en comparación con la explotación ganadera, con argumentos de índole ideológica, o sea subjetivos, y por lo tanto objetables.

Los hacendados y el comercio

En cuanto a la concepción del comercio, la clase alta rural, coherente con sus principios liberales, fue partidaria del librecambio, o sea de la libertad de comercio y la no intervención del Estado en las transacciones comerciales. Pero existían, además, razones concretas para que sustentaran esta posición: por un lado les convenía que no existieran barreras aduaneras para que los artículos importados fueran más baratos, ya que ellos eran grandes consumidores de instrumentos y maquinaria agrícolas. Por otro lado, preferían que esos instrumentos se importaran y no se produjeran en el país, ya que el surgimiento de una industria nacional, protegida por el Estado, implicaría la pérdida de su lugar privilegiado en la órbita oficial. En último término, los estancieros defendían una salida libre de sus productos, ya que ello permite que

lleguen a los países destinatarios a más bajo precio, facilitándose su colocación.
En último término, los hacendados defendían el librecambio en razón de su convencimiento de que si nuestro país implantaba una política de protección a la industria y disminuía las importaciones, los países europeos, en represalia, podían disminuir las compras que realizaban en este país, lo cual acarrearía al perjuicio económico de su clase.

Resistencia al cambio...salvo que los beneficie

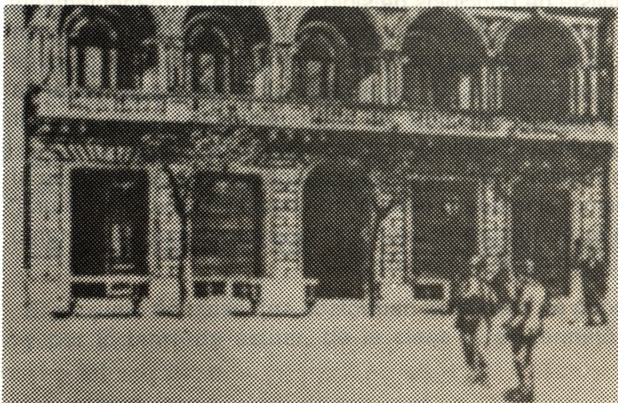
Así como la defensa de la tierra -el latifundio- y del ganado son características típicas de la clase alta rural, también la búsqueda de la seguridad es una constante. Ello se manifiesta en la resistencia a los cambios, salvo cuando éstos son beneficiosos para la explotación extensiva de la ganadería, como el alambramiento o el mestizaje, y en el afán por atesorar dinero.
La resistencia al cambio fue una característica muy acentuada de este sector, por la que llegó a calificárselo de "arcaizante", salvo en el caso de algunos hacendados que se llamaron "progresistas" por oposición, y que favorecieron los cambios que ya mencionamos, además de la expansión del ovino y de la implantación de un modelo agropecuario, o sea de la explotación ganadera junto con la agricultura forrajera. Los problemas a que se veía enfrentado el país, y que los hacendados no desconocían, era la despoblación y la desocupación, entre otros; la despoblación producida por las continuas emigraciones de agricultores uruguayos, y la desocupación ocasionada por el alambramiento. Aumentar la explotación del lanar y agregar la agricultura forrajera solucionaría los problemas existenes sin alterar la posición privilegiada de los hacendados, e incluso mejorando su situación económica. Estas modificaciones permiten la ocupación de más mano de obra, o sea que revitaliza la campaña y al mismo tiempo evita los problemas económicos que solían tener los estancieros por dedicarse a la explotación de un sólo producto. Pero al mismo tiemp, esta solución no implicaba -todo lo contrario- aceptar el modelo agricultor que quería implantar el gobierno batllista, de suerte que la ganadería y por lo tanto los hacendados podían seguir manteniendo su lugar privilegiado como protagonistas del proceso económico del país y mantenerse en la cúspide de la sociedad.

"Clases productoras" y "clases ociosas"

Por último nos parece interesante analizar la concepción que este sector tiene de la sociedad. Según ellos, la sociedad no se divide en ricos y pobres; menos aún en burguesía y proletariado, sino en clases productivas y clases ociosas, lo cual se asimilaba con la población de la campaña y la de la ciudad. Porque entre las clases productoras ellos ponen juntos a los dueños de la tierra, a los hacendados y a los que trabajan la tierra, a los peones, mientras que entre los ociosos ponen a los políticos y especuladores.
Se llegó incluso a la elaboración de una especie de "mito pluralista", del cual Carlos Reyes nos brinda una magnífica versión: "Ha llegado elmomento de que su voz (la de los estancieros a quien él llama trabajadores rurales) se escuche y de que deje de ser una clase explotada para ser una clase directora. Ninguna otra del país tiene tantos derechos para imponer su ideal, porque ninguna se ha mostrado tan generosa y tan esforzada, ni tan valiente, para combatir las fuerzas destructoras de la naturaleza y de los hombres. Su existencia ha sido un heroico cuerpo a cuerpo contra la fatalidad..."
Los opositores a este sector son "las clases productoras de la Capital, de las villas y de los pueblos (que) apocadas y envilecidas por la superstición política, vivían de especulaciones modestas, o de sórdidas economías o de torpes usuras..."
La creación de este mito respondía a una necesidad de las clases conservadoras: era su respuesta a los planteos realizados por el socialimo y el anarquismo, a la división de clases en burguesía y proletariado. Así, los explotados no debían identificarse con los obreros, sino con los estancieros que siempre se habían sacrificado por el bienestar del país, mientras que los explotadores no eran los patrones, los burgueses, sino los políticos y el resto de grupos parasitarios de la capital, que no producían para beneficio del país.

Hacendados "disidentes": los ausentistas

Pero esta concepción de la sociedad no era el denominador común de toda la clase alta, ni siquiera de toda la clase alta rural. Había un sector, integrado por los estancieros ausentistas, o sea, aquéllos que vivían la mayor parte del tiempo en la capital o en el exterior, que no compartían esta visión de la sociedad. Por el contrario, hicieron todos los esfuerzos posibles por urbanizarse, y sobre todo porque sus hijos se urbanizaran sin perder el lugar privilegiado que tenían en la estructura social. Para ello, sus hijos sólo tenían dos caminos: dedicarse a la política o ingresar en la Universidad y conseguir alguno de los dos únicos títulos que eran respetados: el de doctor en abogacía o en medicina. Los otros caminos no eran "honorables"; dedicarse al comercio, a la industria o a alguna de las otras carreras universitarias, como Veterinaria o Agronomía, no estaba tan bien mirado.
Este sector despilfarró enormes fortunas en mostrar al resto de la sociedad su poderío económico, construyendo lujosos palacios equipados en su totalidad con elementos europeos. El gusto por lo europeo, y sobre todo por lo francés, pasó a ser uno de los rasgos más característicos de la alta sociedad capitalina.



Palacios, automóviles, amueblamiento

El "Palacio Taranco", que llenó de orgullo a "El Día", había significado el gasto de $ 321.000. Cuadros, tapices y esculturas lo embellecían. Poseía, además, un pequeño jardín en plena ciudad vieja, en la zona donde el terreno costaba ya más de $ 100 el metro cuadrado. Félix Ortiz de Taranco concluía sus días en una residencia que sirvió para albergar al Príncipe de Gales en los años veinte del siglo actual. El costo del palacio significaba la mitad de lo que el país gastaba por año en la importación de reproductores puros para proceder al mestizaje.

También es de esta época la "Sociedad Anónima Balneario de Carrasco". En 1912 se la autorizó a construir el Hotel Casino, cuya piedra fundamental se colocó el 18 de mayo de 1913. El Balneario, lugar de descanso veraniego de "las clases acaudaladas", fue diseñado por el arquitecto paisajista francés Carlos Thays.

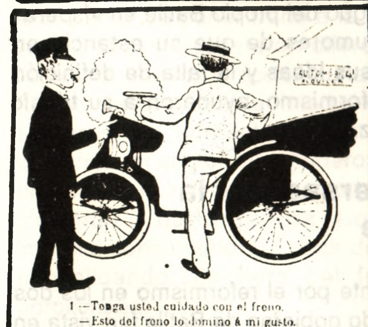
Otro índice del consumo suntuario lo revela la importanción de **automóvlles**. Debe aclararse que no eran vehículos para la clase media o los empresarios industriales, sino de estricto paseo. Como sostenía "El Día" en 1912: "*¡Qué señores automóviles! Ninguno baja de 3.000 pesos. Hoy todos son espléndidos Renaults, magníficos Mercedes, poderosos Pope Hartford y Daimler, que tragan latas y latas de bencina y consumen capitales en gomas*". Este vehículo, el símbolo más reciente y costoso de pertenencia a las clases altas, había hecho su "tímida aparición en 1901". A partir de 1903, la estadística aduanera registra un aumento vertiginoso e ininterrumpido de su importación. De 1903 a 1909, la media anual es de 34, en 1910 ascienden a 155, en 1911 a 436. En $4.000.000 estimó su costo total el gerente de un Banco en 1912, es decir, una cantidad sólo algo menor a la que los hacendados gastaron en la importación de puros de pedigree en todo el período 1905-1913.

Amueblamiento y "ménage" de las residencias constituían el otro rubro que confería distinción. Para "las clases acaudaladas", los dormitorios "franceses de nogal, Luis XV", los comedores del mismo origen, los juegos de sala "ingleses de caoba", o franceses Luis XV, Luix XVI o Imperio, todo importado. Para las clases medias, los mismos estilos pero "del país". La mueblería Caviglia surtía a buena parte de la élite y a toda la clase media que buscaba "aparentar".

El alhajamiento de una residencia con muebles importados, considerando que el promedio de dormitorios nunca bajaba de cuatro, a lo que debía sumarse comedor, sala y escritorio, alcanzaba los $2.000. A este gasto se añadió todo el costoso "ménage" y la "bijouterie" de la época: cortinas y alfombrados de Bruselas, pianos de concierto, vitrinas "con bibelots finos", espejos, mesas "con incrustaciones de bronce y piedra ónix", jarrones "pompeyanos chinescos", sillas doradas y muebles de fantasía, arañas a gas de bronce, chiffonier, chaise longue, el "rico escritorio hamburgués", la infaltable, aunque pequeña, galería de cuadros y alguna que otra copia de las famosas y académicas esculturas del siglo XIX(*).

(*) En 1954 se realizó en el Salón Nacional de Bellas Artes, en Montevideo, una exposición de 46 tapices flamencos de los siglos XVI, XVII y XVIII, **"algunos de propiedad del Estado, de embajadas y legaciones, y la mayoría de propiedad particular"**. En efecto, 28 pueden ser atribuidos a "las clases acaudaladas" que lograron su fortuna en la estancia, la banca, el comercio o la industria. Las familias García, Supervielle, Peirano, Mailhos, Beisso y Saenz, todas ellas ya con ilustre trayectoria rural, proporcionaron los mas antiguos y hermosos ejemplares."
(Barrán y Nahum, "Historia rural del Uruguay moderno").

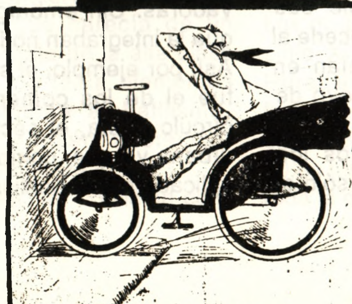
AUTOMOVILISMO


1 —Tenga usted cuidado con el freno.
—Esto del freno lo domino á mi gusto.


2. Avivemos un poco la marcha.


3. ¡Demonio esto ya me parece mucha marcha!


4. ¡Que si quieres! esto es el rayo de la guerra


5. ¡En el nombre del Padre.....!


6. ¿Llegó á tiempo...?

de los industriales

Como ya vimos, la diversidad de sectores que integraban el grupo industrial, hace muy difícil la caracterización de su manera de pensar y de su concepción de la sociedad y de la economía.

La mayoría de los industriales dedicados a la producción de artículos era uno de los factores fundamentales para que pudieran realizar una acumulación de capital importante en la primera etapa de su desarrollo. Sin una política proteccionista por parte del Estado, que impidiera o limitara el ingreso al país de productos competitivos mediante la fijación de altos impuestos aduaneros, era imposible que la industria prosperara.

Sin embargo, para que el Estado llevara adelante esta política, debía contemplar la situación de los hacendados, a quienes esta política proteccionista perjudicaba, ya que ellos eran importadores de cantidad de artículos necesarios para el desarrollo de su producción, tales como maquinaria, repuestos, etc, y por lo tanto no les convenía la existencia de altos aranceles a la importación.

Como vemos, en este aspecto, los intereses de los distintos sectores de la clase dominante eran contrapuestos y el Estado debía, entonces, "cuidar" el tipo de política que llevaba adelante.

Por otro lado, la política de los industriales exigía un Estado liberal en lo que se refiere a otros aspectos de la economía, como por ejemplo, la legislación social. Los industriales no estaban de acuerdo con la reducción del horario de trabajo de los obreros, por ejemplo, ya que el bajo costo de la mano de obra era uno de los pilares fundamentales sobre el cual ellos podían realizar la acumulación de capital que perseguían.

De manera que la posición de los industriales era compleja: necesitaban por un lado un Estado proteccionista que les permitiera importar las materias primas necesarias a bajo precio y por otro lado un Estado liberal que les permitiera mantener una jornada de trabajo de 10, 12, 14 ó 16 horas de trabajo, al igual que el trabajo de niños por 1/4 del salario de un adulto.

Reproches a Batlle y algo que agradecerle

Aunque generalmente estamos acostumbrados a pensar en las clases conservadoras como opositoras al reformismo, y por lo tanto aliadas a la oposición política, o sea al Partido Nacional, es importante aclarar que el panorama no es en modo alguno, tan simple.

Por un lado, es cierto que las clases conservadoras tenían mucho que reprocharle al reformismo: los estancieros, por ejemplo, se quejaban del gran aumento que había sufrido la contribución inmobiliaria; los inversionistas británicos, de la política "socialista" y, años más tarde, de las nacionalizaciones; el alto comercio, de la política proteccionista que disminuía de manera considerable sus ingresos; los industriales, si bien tenían que agradecerle al reformismo esa política proteccionista, se oponían en cambio al avance en la legislación social y al apoyo de Batlle a las huelgas.

Pero había un elemento fundamental que todos los sectores de la clase dominante necesitaban y que sólo el batllismo había conseguido establecer: la paz y la estabilidad. Se creía que después de 1904, la República había entrado en una nueva etapa, y que la oposición ya no utilizaría más el camino de las armas para lograr sus objetivos. Este fue uno de los motivos más importantes por el cual las clases conservadoras no pudieron sellar una alianza definitiva con el Partido Nacional, ya que dentro de éste había sectores, los llamados radicales o revolucionarios, que seguían reivindicando la revolución armada como el único camino posible para derrotar al batllismo (y volverían a intentarlo en 1910).

El terror a nuevas guerras

Este levantamiento produjo la oposición de muchos sectores de la clase dominante, como anotan Barrán y Nahum:

"La conmoción de los hacendados fue grande. El órgano periodístico que los representaba, "El Siglo", editorializó en enero afirmando que "estamos en presencia de una chirinada, de una intentona descabellada (...) un acto verdaderamente criminal, porque lo es la tentativa de conmover y ensangrentar el país contra la voluntad de todos los partidos, que proclaman por el orden de sus autoridades legítimas, la política evolucionista...". La idea de celebrar un mitin de protesta contra el levantamiento provocó la adhesión de todos los sectores conservadores, incluyendo a la Asociación Rural. Se sumó enseguida la Federación Rural con una nota al Ministro del Interior reclamando garantías para la propiedad, y sobre todo que no fueran molestados los peones de los establecimientos ganaderos."

Y en definitiva este alzamiento sólo consiguió ayudar a otorgarle la victoria a Batlle en la contienda electoral de 1911. Así lo resumen Barrán y Nahum: "El objetivo no era ir contra Batlle, era ir en busca de la paz; esta "neutralidad" electoral le bastó al reformismo para conseguir sus propósitos. Sus adversarios blancos, al sublevarse, habían otra vez orientado al grueso de la clase alta rural hacia el Gobierno, que representaba el orden."

El discurso un tanto ambiguo del propio Batlle en vísperas de las elecciones, los rumores de que su estancia en Europa había aplacado sus ideas y la falta de definición ideológica clara en el reformismo, ayudaron a su triunfo electoral por segunda vez.

Hostilidades diversas en la clase dominante

La política llevada adelante por el reformismo en los dos primeros años del segundo gobierno de Batlle fue vista en general con hostilidad por parte de las clases conservadoras. Sin embargo, la actitud de todos los sectores que la integraban no fue igual.

Así, por ejemplo, el sector que más se opuso al batllismo fue el de los comerciantes, los herederos del antiguo círculo orista, el sector más rico de la clase dominante urbana ya que, como vimos, el proteccionismo aduanero aplicado por el batllismo no favorecía sus intereses. Mien-

tras tanto, los industriales, más recientemente llegados a la clase alta, no presentaron una oposición muy clara al batllismo, ya que la política proteccionista del gobierno, como ya dijimos, favorecía la acumulación de capital que estaban buscando.
Los estancieros también integraron la oposición al batllismo, sobre todo por su política social, ya que en términos económicos, ellos no resultaron afectados y pudieron mantener su lugar de privilegio dentro de la clase dominante.
Por último, los inversionistas extranjeros fueron unánimemente opositores del reformismo, sobre todo por lo que fue su política económica y social que los perjudicaba específicamente y que ya no les permitía sentirse seguros con las inversiones hechas en nuestro país.

Contra las reformas sociales y el estatismo de Batlle

Como vemos, fueron sobre todo las reformas que se dieron en el campo social las que motivaron la mayor irritación de las clases conservadoras, tanto uruguayas como extranjeras. Esto parece tener bastante sentido si lo relacionamos con algunas de las características típicas de la mentalidad de las clases conservadoras nacionales en lo que tiene que ver con el miedo a los cambios, a lo nuevo, a lo que puede venir. Y ésa fue una de las razones por las que más le temían al reformismo: porque no sabían donde terminaba, no sabían hasta dónde podía llegar la ola de reformas impulsadas desde el gobierno.

Por otro lado, el creciente poder que iba asumiendo el Estado también alarmaba a las clases altas, ya que ellas se sentían protagonistas y conductoras de la sociedad. Por eso entendían que el "populacho" no debía recibir demasiada educación, ya que en definitiva sólo era una pérdida de tiempo.

Se prepara el freno a Batlle

Sin embargo, durante los primeros años del segundo gobierno de Batlle las clases conservadoras no consiguieron una verdadera alianza entre ellas y con el capital extranjero, capaz de poner freno a la política reformista. Como vimos, sus intereses eran diferentes y aún no les había llegado la hora de la acción aunada.
En la medida que la interrelación entre los distintos sectores va aumentando (la cuarta parte del alto comercio, el sector más poderoso de la clase dominante urbana, tenía inversiones importantes en la tierra y/o en la industria), y que la política reformista avanza, el bloque imperial-conservador, al decir de Barrán y Nahum, se va consolidando. La hora del freno al reformismo se aproximaba.

La acción de esta primera coalición conservadora todavía no era demasiado importante, ya que carecía de un elemento fundamental: el apoyo militante de la alta clase rural que, como ya vimos, todavía no tenía elementos suficientes para oponerse frontalmente al batllismo. Tampoco los industriales, como también anotamos, tuvieron una acción decisiva en esta primera etapa.
En este momento, el grupo que lideró la "coalición conservadora" estuvo integrado por los altos comerciantes y los medios financieros, o sea los herederos del "círculo orista" que se hallaba muy cercano al capital extranjero, al punto de llegar a confundirse con él.

La clase dominante opera en el campo político

En este período las opciones políticas que encontraron las clases conservadoras para oponerse al reformismo fueron varias: primero la del Partido Nacional que, como ya analizamos, no satisfacía totalmente sus intereses; pero encontraron también una fracción dentro del Partido Colorado, la liderada por Pedro Manini Ríos, y el partido de los católicos, la Unión Cívica.
Asimismo se produjeron intentos de formar un partido de clase que representara efectivamente los intereses de la clase dominante y que fuera más allá de las antiguas divisas. Pero esta idea no llegó a consolidarse: si bien los intereses de clase eran ya suficientemente sólidos en el Uruguay, también lo era la adhesión a las divisas. Así, en su accionar político, la clase dominante consiguió en este período dividir al Partido Colorado, debilitándolo al propiciar la creación del riverismo, y logró que se constituyera la Unión Cívica, que también debilitaba el caudal electoral de los colorados, aunque más aún el de los blancos.

Las clases altas se politizan

En fascículos anteriores se habló de las razones de la escasa politización de las clases altas hasta principios del siglo XX. Podríamos decir que es exactamente a partir de 1913 cuando se empieza a producir un cambio en la actitud de la clase dominante y ésta resuelve empezar a actuar más directamente en política. Fueron las reformas de Batlle de ese año (la "avalancha" fiscal y la radicalización de algunas medidas ante la crisis financiera de ese año) las que unieron a la clase alta, tanto urbana como rural, y la sacaron del lugar de espectadora para pasar a ser protagonista del proceso político.
Los caminos que tuvo a su alcance y que utilizó la clase dominante para ejercer su influencia en el panorama político, fueron varios. Acabamos de mencionar el apoyo a los partidos o fracciones políticas conservadoras, como el Partido Nacional, el Riverismo, la Unión Cívica; pero también la consolidación de gremios que actuaron como grupos de presión, los intentos de organizar un partido político propio, la prensa como medio, no sólo de información, sino de formación de opinión, e incluso el ejército y el golpe de Estado.

La importancia de los grupos de presión

Los grupos de presión, que ya habían sido utilizados en el siglo XIX -recuérdese la intervención de la Asociación Rural en el golpe de Estado de Latorre, en 1875-, se fortalecieron tremendamente en este período y tuvieron una acción decisiva, primero en la derrota del batllismo el 30 de julio de 1916, y luego en el freno a su política durante toda la década siguiente, y finalmente en el apoyo al golpe

de Estado de Terra en 1933.

Entre los grupos de presión que tuvieron una actuación más destacada en el correr de estos años, tenemos que mencionar a la Federación Rural, que queda definitivamente fundada en 1915. Integrada por lo más alto de la sociedad rural, y con una clara vocación antirreformista y de defensa de los intereses conservadores, contó con el apoyo también de algunos de los dirigentes políticos de la oposición. Vale la pena presenciar la escena siguiente:

"Luego de expulsados los representantes batllistas, el Congreso de los grandes propietarios, así tonificado, se puso de pie en honor y desagravio de Irureta Goyena y Carlos Reyles. Por moción de Luis Alberto de Herrera votó de inmediato el proyecto de estatuto y constitución de la Federación Rural que había redactado Carlos Reyles, y al instante designó el primer Consejo Directivo de la entidad con lo más granado de la clase alta rural (José Ma. Rodríguez, el suegro de Pedro Manini Ríos, Carlos Arocena, José Elorza, Francisco Noriega, Domingo Bordaberry, Justo Sapriza Vera), ciertas y notorias cúspides del alto comercio, la banca y la industria en su calidad de terratenientes (Francisco Graffigna, Pedro Aramendía, Nicolás Inciarte) y algunos de los principales dirigentes de la oposición política (Pedro Manini Ríos y Luis Alberto de Herrera, entre otros) también en su calidad de terratenientes o de esposos de las terratenientes... váyase a saber.
Así nació, con la asistencia de 37 grandes propietarios, la más formidable herramienta gremial que usaron de inmediato la clase alta rural y los partidos blanco y riverista para derrotar primero, y frenar después, al reformismo."

(Barrán y Nahum, "Batlle, los estancieros y el Imperio Británico").

La Federación Rural nació, no para buscar la conquista del poder político, sino para influir en sus decisiones desde fuera del ámbito partidario. Así lo definía Irureta Goyena:

"La Federación no constituye un partido político, sino un centro de acción política y económica (...). No intenta, en efecto, cerrarles el paso a los partidos tradicionales, para disputarles electores en las urnas y bancas en el parlamento, en nombre de un nuevo evangelio político. No. Su rol es otro, enteramente distinto (...). Aspira a hacer política, pero su acción no propende a disolver los partidos sino a acendrarlos".
(C Caetano: "La agonía del reformismo").

Agremiaciones de comerciantes e industriales

Mientras tanto, la clase alta urbana también intentaba revitalizr sus gremios para poder lograr una incidencia más directa en la política gubernamental.
Los altos comerciantes ya tenían sus agremiaciones: la antigua Cámara de Comercio, y la Mercantil de Productos del País, a las que se sumó, a partir de 1915, la Liga de Defensa Comercial. Entre los fundadores de esta última figuran Héctor Trabucatti, Mateo Brunet, Numa Pesquera y Nicolás Inciarte y su asesor letrado era nada menos que el Dr. Irureta Goyena. Como vemos, tanto Inciarte como Irureta Goyena eran a la vez miembros de la Federación Rural: los lazos entre las cúspides también se advierten en los instrumentos de lucha utilizados.
Por su parte, los industriales modificaron en estos años sus asociaciones gremiales, transformando la antigua Unión Industrial Uruguaya en la Cámara de Industrias, que constituyó un gremio más representativo y moderno que el anterior.

Pero algo había cambiado en los gremios patronales...

"Si comparamos el proceder de la Liga de Defensa Comer-cial con el de los viejos gremios mercantiles, advertimos otra vez, como en el caso de la Federación Rural en relación a la Asociación, un cambio de naturaleza.
Al anterior cuidado por no herir las susceptibilidades de los gobiernos, por guardar una *"neutralidad"* absoluta en la lucha entre los partidos, sucedían, aquí también, *"intervenciones"* en la política criolla que hubieran hecho levantar de su tumba a aquellos comerciantes que en 1860 o 1880 tenían como timbre de honor requerir solo la protección de los cónsules de sus naciones de origen, el desembarco de la marinería de las Estaciones navales extranjeras surtas en el puerto de Montevideo, antes que militar un solo segundo, aunque fuera distraídamente, en las luchas entre blancos y colorados."

(Barrán y Nahum: "Batlle, los estancieros y el Imperio Británico")

La acción de todos estos grupos se percibió con toda claridad en los momentos difíciles que tuvo que enfrentar el sector patronal ante el avance del movimiento obrero. Ya en época del presidente Viera, en pleno "alto" a la política reformista, y ante una serie de huelgas de gran trascendencia que emprendió el movimento obrero en 1918, la Cámara Mercantil lanzó un llamado a todos los otros gremios patronales para unir los esfuerzos en la lucha contra los huelguistas. Todos los otros gremios patronales respondieron con gran entusiasmo a este llamado. El resultado fue el inicio de una serie de medidas como el boicot que, sumadas a las medidas represivas del presidente Viera, implicaron una seria derrota para los obreros.
Sin embargo la idea de organizar a todos los grupos de presión de los sectores urbanos en uno solo no prosperó: los intereses particulares primaron sobre el interés general y sólo en los "tiempos difíciles" las clases conservadoras se aliaron contra sus enemigos comunes.

¿Un partido de la clase dominante?

Al igual que en casi todos los aspectos, las clases conservadoras no eran homogéneas en cuanto a la estrategia más conveniente. Unos creían que lo mejor era utilizar los grupos de presión para influir en el quehacer político: un ejemplo fue la actuación de la Federación Rural en julio de

1916. Otros, en cambio, consideraban que el sistema de los partidos tradicionales no servía en definitiva a sus intereses y que era necesaria la creación de un nuevo partido, que expresara exclusivamente los intereses de la clase dominante.

A pesar de la creciente relación entre los integrantes de las clases conservadoras y el elenco político, todavía en 1919 seguía existiendo un sector de esta clase que miraba con reticencia a los partidos tradicionales, ya que, en definitiva, había sido en el seno de uno de ellos que se había formado un movimiento tan peligroso como el batllismo. Ese grupo fue el propulsor de la creación, en 1919, de un partido nuevo, representativo de sus intereses, con el objetivo, no de alcanzar la presidencia (meta que obviamente resultaba absurda), sino de lograr representación en el Parlamento, ahora que la Constitución de 1917 consagraba la representación proporcional. Así nació, en ese año de elecciones para la Cámara de Diputados, la denominada "Unión Democrática", que obtuvo sólo 656 votos, de modo que no consiguió ni siquiera una banca.

Los hechos demostraban que los caminos para influir políticamente eran otros: la clase dominante ya no insistiría con esta estrategia. Había triunfado entre los conservadores la línea partidaria de seguir luchando dentro de los partidos tradicionales y a través de los grupos de presión. Y así siguió siendo efectivamente.

Los partidos y sus vínculos con la clase dominante

	Batllista %	Colorado anticolegialista %	Blanco %
Políticos estancieros, industriales, comerciantes, banqueros y abogados de empresas extranjeras	16,94	30,29	53,50
Políticos no vinculados al quehacer económico de las clases conservadoras y las medias altas	83,06	69,71	46,50

(Tomado de Barrán y Nahúm, "Batlle, los estancieros y el Imperio Británico")

Utilizar a los partidos tradicionales

En la década de los veinte, las clases conservadoras insistirían en mostrarse "reticentes", aunque ya no indiferentes, a los acontecimientos políticos. Al respecto dice Gerardo Caetano: "...bajo esa pública manifestación de desdén ante lo político, se escondía una efectiva politización conservadora. A este respecto se poseía una firme convicción sobre lo suicida de volver al apoliticismo, pero también se sabía de las ventajas de ofrecer una imagen pública alejada del siempre desgastante quehacer político." ("La agonía del reformismo", tomo II).

Lo que sí estaba descartado, a partir del rotundo fracaso de la experiencia de la "Unión Democrática", era el conformar un partido de clase. La clase dominante había entendido finalmente que el sistema bipartidista la favorecía. De ahora en adelante actuaría dentro de los sectores conservadores de los partidos tradicionales y fortaleciendo cada vez más los grupos de presión.

En esta década, los sectores conservadores actuaron conjuntamente en varias ocasiones, complementando así un proceso abierto en 1916, que culmina en 1929 con la creación del Comité de Vigilancia Económica que reunía a la gran mayoría de los grupos de presión que representaban a las clases conservadoras.

El Comité de Vigilancia Económica: un paso firme de la clase dominante

Entre 1925 y 1929, las clases conservadoras se preparan para librar un combate que sobrevendría a partir de 1929. "La réplica conservadora se adelantaba al peligro efectivo, miraba más allá de los problemas de su presente para prevenir la confrontación que recién se avizoraba. Se hallaba en su período formativo una nueva ofensiva de los sectores conservadores en el proceso político nacional, y en ella la unidad resultaría, una vez más, factor de triunfo. Cuando el reformismo pudo finalmente asomar su cabeza, la resistencia de las clases conservadoras ya estaba estructurada."

(Caetano: "Fuerzas conservadoras y dictadura: el golpe terrista", en cuadernos de CLAEH, no. 28)

Un credo ultraconservador

En 1929, entonces, se crea el Comité de Vigilancia Económica, propiciado por la Federación Rural con fines muy claros y específicos, que recogemos del texto recién citado:

"(...) Las orientaciones que se propone seguir (el Comité de Vigilancia Económica) son de vigilancia y defensa como fin; de lucha indeclinable y optimista como medio, dentro del concepto de que la propia existencia exige un cuidado propio y que el derecho cuyo ejercicio se libra a manos extrañas, conforma una abdicación que lleva a la esclavitud. Y en el camino de ser esclavizadas van las clases laboriosas del país, especialmente la clase ganadera, amenazada de total liquidación por el fanatismo reformista (...). Rompiendo imprudentemente el orden de relación anticipando las mejoras sociales a las posibilidades económicas en que ellas deben fundarse, surgen a cada instante proyectos gubernativos y parlamentarios (...) que intentan repartir lo que no existe (...); Leyes de jubilaciones para que todo el mundo viva sin trabajar (...); Leyes de salario mínimo para que por la magia de su imperio, el trabajo tenga una retribución superior (...) a sus mismos rendimientos (...); leyes para disolver la herencia, que disuelven también los principios que organizan y protegen el hogar; leyes para imponer la división de la tierra y lanzar al país por el abismo de su desvalorización violenta; y todo ello con la pretensión de crear otra vida al amparo de ese programa de muerte; de cambiar de un día para otro las formas de producción, de propiciar optimismos creadores de riqueza; de sacar del incógnito, de la penumbra ensayista, la luz del nuevo día."

A pesar de la aparente oposición a los partidos tradicionales y a su conducta política, la integración del Consejo encargado de constituir el Comité demuestra lo contrario. Entre sus principales integrantes se encontraban Pedro Manini Ríos, Joaquín Secco Illa, José Luis Santayana, Segundo F. Santos, Américo Beisso, José F. Arias, entre otras personalidades políticas.

En setiembre de 1929 se realizó un "Congreso Nacional de Defensa Económica", que estableció las características y los fines del Comité. Este se proponía actuar en todo lo relacionado con la economía nacional, en la forma que al Comité le pareciera más adecuada; y en cuanto a su actividad política sostenía, además de su intención de no formar un nuevo partido político, que "Esto no obstante, la política, en su amplio concepto, no puede serle indiferente, y su acción será también de vigilancia política..." Y así sucedió, efectivamente, en los años siguientes. Ante el llamado "nuevo impulso del reformismo", los sectores conservadores tomaron dos caminos para detenerlo: la acción a través del Comité y a través de los partidos o sectores de partidos de derecha. Si a esto unimos los efectos de la gran crisis económica que se desatara en Nueva York en octubre de 1929, se entiende con toda claridad la radicalización de las fuerzas conservadoras en los primeros años de la década del 30.

La clase dominante impulsa el golpe de Terra

En cuanto a las opciones políticas que tenían los conservadores en las elecciones de 1930, éstas eran varias, ya que se presentaron Manini Ríos como candidato del riverismo y Herrera como candidato del Partido Nacional, ambos representantes de los sectores más "distinguidos" de nuestra sociedad. Mientras tanto, el batllismo, al no llegar a ponerse de acuerdo, se presentó con dos candidatos, entre los que se encontraba Gabriel Terra. Una vez éste en el poder, el acercamiento entre el Presidente y las clases altas será cada vez más rápido, llegándose incluso a impulsar la quiebra del orden institucional y el golpe de Estado a fin de defender sus intereses.

Asimismo los otros sectores de la clase dominante, como los comerciantes y en menor escala los industriales, hicieron llegar sus saludos y apoyo al dictador. Lo mismo hizo el sector de los banqueros, tanto nacionales como extranjeros, poniendo a disposición del nuevo gobierno un préstamo que había sido tramitado por gobierno anteriores.

La gestión de Terra durante los años que se mantuvo en el poder, como ya se vio, favoreció en términos generales a los sectores de la clase alta uruguaya, que así pudo disfrutar del total triunfo obtenido sobre su enemigo de tantos años: el reformismo de Batlle.

Las gracias al dictador... y del dictador

El "agradecimiento" de Terra a las clases conservadoras por su apoyo al golpe de Estado, no tardó en concretarse.

Al respecto, dice G. Caetano, en el trabajo antes mencionado:

"En lo que no hubo dudas fue en la intención manifiesta del régimen terrista en el inicio de su conducción gubernamental de otorgar amplia satisfacción -tanto a nivel de medidas concretas como en cuanto a los nombramientos realizados- a las expectativas de los sectores conservadores, factores no únicos pero sí decisivos de toda la maquinaria golpista. En los días siguientes al 31 de marzo se produjeron nombramientos significativos en la Administración: Pedro Manini Ríos como Ministro interino de Hacienda (además de sus funciones como integrante de la Junta de Gobierno); Carlos de Castro (abogado de compañías transnacionales, corredor de la empresa naftera West India y reconocido opositor a los monopolios estatales) como interventor del Banco de la República y más tarde como Presidente del Directorio de ANCAP; Américo J. Beisso (presidente de la Federación Rural) como director del Frigorífico Nacional; Aniceto Patrón como integrante de la Junta de Gobierno y Ministro de Obras Públicas. Asimismo se tomaron medidas que venían a atender viejos requerimientos de los grupos de presión conservadores, actuali-zados durante el proceso golpista; rebaja de la Contribución Inmobiliaria, franquicias y amplias facilidades para el pago de la misma y de la patente de giro, suspensión de todas las acciones judiciales iniciadas por deudas impositivas, moratoria por seis meses, supresión de feriados, anuncios sobre paralización de iniciativas de legislación reformista, etc."

Además Terra recibió varias comunicaciones de apoyo de los distintos grupos de presión, entre las que nos parece interesante destacar la del Comité de Vigilancia Econó-mica y la de la Federación Rural.

El Comité Nacional de Vigilancia Económica resolvió por unanimidad (...) expresaros la complacencia con que ha visto vuestra valiente y decidida actitud en defensa de los grandes intereses de la Nación. Surgida esta Corporación como conse-cuencia del clamor del país para que rectificaran sus gober-nantes, la marcha política y administrativa, no puede silenciar que los primeros actos de vuestro gobierno contemplan la realización de aquellos propósitos que inspiraron su existencia."

No se quedó atrás la Federación Rural:

"La Federación Rural no puede permanecer en silencio frente a las patrióticas medidas de carácter económico, financieras y socia-les tomadas por el gobierno en el transcurso de este mes, (...) (que) evidencian la sana e inteligente orientación de la Presiden-cia de la República, encaminada a modificar fundamentalmente el rumbo de las cosas (...) dando las garantías necesarias para el resurgimiento de las fuerzas vivas de la Nación. Tan está de acuerdo la Federación Rural con esa nueva orientación económi-co - financiera que se complace en señalar que su prédica inva-riable de largos años a la fecha, coincide con esas normas que viene poniendo en práctica el señor Presidente y la Junta de Gobierno."

(Tomado de Caetano, ob. cit).

SEPTIMA PARTE

LOS SECTORES DOMINANTES EN LAS ULTIMAS DECADAS

Los autores creen del caso señalar, a esta altura del trabajo, que a partir de la dictadura de Terra no abundan los estudios debidamente sistematizados sobre la clase dominante desde ese momento hasta el presente. Ello no permite todavía esbozar hipótesis acerca de la evolución de dicha clase, y en particular de su relación con los acontecimientos políticos desarrollados desde entonces. Por esta razón se ha preferido trazar algunas líneas generales de la evolución seguida en estas décadas por sus sectores más importantes: el ganadero, el industrial, el mercantil y el bancario.

I - EL SECTOR GANADERO

A pesar de la política favorable al **sector ganadero** llevada adelante durante la dictadura de Terra, razones de carácter interno y externo -que ya han sido tratadas-, llevan a un estancamiento del sector agropecuario y quizá también a una disminución de su incidencia en los resortes del poder. Sin perjuicio de ello, en las décadas siguientes se asiste a lo que Real de Azúa denomina "la gran concentración de propiedad en el tope de la pirámide: Trías calculaba, sobre datos de 1956, 38 predios con 965.000 hectáreas; el Instituto de Economía estima 300 de más de 5.000 hectáreas, asignándoles una ganancia líquida de 15:000.000 de dólares anuales. De esta crema emergen, como nombres y cifra legendarias aún fijadas a diferente fecha, estimaciones como la de 139.000 hectáreas del grupo Martinicorena en 1962, la de 120.000 del grupo Gallinal..." En este período se asiste también a un fuerte entrelazamiento entre la cúspide del sector rural con otros sectores de la clase dominante. El caso de los grupos Mailhos y Salvo, de extracción fundamentalmente industrial, es un claro ejemplo.

Asimismo, la intervención de la inversión extranjera en este sector agrega factores de movilidad y sustituye modalidades de explotación, ya que el capital extranjero, poco apegado a las tradiciones, no vacila en comprar o vender establecimientos, y en modificar formas de producción según el mayor o menor índice de rentabilidad.

"En una sociedad del tipo de la nuestra, quien dice poder económico dice prestigio. Las muestras de agosto del Prado son, desde hace más de medio siglo, uno de los grandes eventos nacionales. Y a ello hay que sumar todavía el otro prestigio que rodea, en todas las sociedades de propiedad privada, la propiedad de la tierra en particular. Ninguna otra modalidad de dominio llega en este orden a comparársele" (Real de Azúa: "La clase dirigente").

Un ganadero que deriva hacia la banca.

ARROSA, FEDERICO P.: (Estancias "El Duraznito" y "La Delicia" (Soriano), barraca de frutos del país (1903).
En 1929 figuró como Suplente de la "Sociedad Uruguaya de Combustibles" que se propuso erigir una refinería de petróleo que la creación de Ancap frustró.
Fue accionista del "Banco de Cobranzas, Locaciones y Anticipos" (237 acciones en 1931), y del "Banco Comercial" (asamblea del 21 de octubre de 1941).
(Tomado de Jacob, R., "Uruguay 1929-1938").

EL SECTOR INDUSTRIAL

El auge al que llega el sector industrial a partir de la década del 40 tiene sus raíces a fines del siglo paasado con las primeras leyes proteccionistas del gobierno de Latorre. Esta política que continuará Batlle en sus dos gobiernos, llevará, como ya vimos, a la consolidación del sector industrial dentro de la clase dominante.

Sobre el origen de los capitales de este proceso industrializador, Jacob insiste en su pluralidad. Por un lado, el capital proveniente del propio desarrollo del artesanado y las pequeñas industrias montadas por extranjeros, que encontrarán siempre la protección estatal. Por otro, el proveniente del sector mercantil, en franca decadencia a partir de la política restrictiva adoptada por el Estado para contrarrestar los efectos de la crisis del 29. Parece ser menor la incidencia del capital rural, que en general prefirió la banca como opción para sus inversiones, y cuando apostó a la industria lo hizo a aquéllas que tenían relación con su giro.

Por último, el sector bancario aparentemente no tuvo gran

intervención en el desarrollo industrial de este período, dado el rápido crecimiento que estaba experimentando. A todo esto debemos agregar el capital proveniente de nuevos sectores sociales que habían conseguido enriquecerse a partir del ejercicio de sus profesiones universitarias.
El proceso de industrialización se vió incrementado por el permanente arribo del capital extranjero a partir de 1911, por ejemplo, del Grupo norteamericano Swift, a través de una subsidiaria: la Compañía Swift de Montevideo, de la General Electric y de la Otis en 1916.
Como ya se ha visto, el sector industrial tuvo un crecimiento imortante a partir de la década del 30, ya que tanto la crisis económica del 29 como la Segunda Guerra Mundial, al representar un período de intensa debilidad coyuntural del capitalismo mundial, permitieron un proceso industrializador en las áreas dependientes. Finalizada en 1945 la debilidad coyuntural del sistema capitalista, el proceso de extranjerización de la industria tuvo un nuevo empuje, ya sea por establecimiento de filiales de capitales extranjeros, o por la asociación o inversión en empresas nacionales con dificultades financieras, ya por la implantación de una etapa de armado y terminado de bienes importados. Este, entre otros, es uno de los motivos que señala Real de Azúa como limitantes de una ideología propia del sector.

III - EL SECTOR MERCANTIL Y BANCARIO

La historia de la banca en nuestro país empieza en 1857 con la fundación del Banco Comercial, integrado como ya dijimos por capitales provenientes de los sectores ganadero, comercial y saladerista.
Hasta 1896, el sector estuvo dominado por los capitales privados, tanto nacionales como extranjeros, y se dedicó fundamentalmente a promover el círculo de los grandes exportadores e importadores, mientras que las actividades rurales y fabriles fueron escasamente atendidas.
"Con los bancos nacidos hacia el filo del 90 y los que tras ellos se fundaron hacia el novecientos, y con el Comercial como decano, el sector bancario fue incrementando pausadamente su poder. Con todo, puede decirse que hasta la quinta década del 20 ese poder estuvo vigorosamente contenido por el crecimiento paralelo de un sistema bancario estatal, dotado, desde un cuarto de siglo antes, de fuertes tradiciones institucionales, provisto de un alto sentido de servicio público, armado de monopolios eficaces y resguardado, al menos por más tiempo que otros entes públicos, de la erosión envilecedora de la política menuda". (Real de Azúa, "La clase dirigente").

Sin embargo, Jacob anota que la decadencia de la actividad bancaria estatal se inicia después del golpe de Estado de Terra y que a partir de 1935 albergará en su "departamento de emisión a los representantes de las llamadas "fuerzas vivas", entre los que se encontraban representantes de los banqueros. En su papel de gestor crediticio de la producción, benefició preponderantemente

Mailhos y Strauch, industriales que se diversifican

MAILHOS, HORACIO y JULIO (hijo): (La existencia de datos permite en este caso reconstruir la evolución de la trayectoria económica de la familia).
1855 - Nace en Tarbes (Francia), Julio Mailhos.
1862 - Luis Mailhos, padre de Julio, cerrajero de profesión, funda la "Armería del Cazador".
1880 - Julio adquiere la "Cigarrería de El Globo" y la fábrica de tabacos "La Imperial" a la que rebautiza como "La Republicana".
1895 - Es el primero en explotar los nuevos métodos para la fabricación de cigarrillos de la "Comas Cigarette Machine Co." de Estados Unidos.
1897 - Importa para las restantes firmas tabacos de La Habana y Bahía y organiza la venta de tabacos en Argentina.
1898 - Adquiere una estancia en los límites de Paysandú y Río Negro.
1900 - Adquiere una estancia en Conchillas (Colonia).
1904-06 - Adquiere grandes extensiones de tierra en Argentina y Río Grande del Sur.
1915 - Fallece.
1925 - Julio (hijo) Presidente de "Estancias Julio Mailhos".
1927 - Julio (hijo) Presidente "Cooperativa Tabacalera Uruguaya S.A.".
1928 - Julio (hijo) Director de "S.A. Empresa Constructora Costemalle" y "Aeroposta Uruguaya".
1931 - Julio (hijo) Vocal de la Federación Rural.
1932 - Horacio, Director de "Fábrica N. de Cerveza S.A.".
1941 - "Julio Mailhos S.C." asiste a la asamblea de accionistas del "Banco Comercial" (21.X.)'
Horacio - Director de la "Cía. Uruguaya de Navegación Ltda.".
1943 - "Julio Mailhos S.C." - 53 acciones de "Industrias Laneras del Uruguay".
1944 - En la Asamblea de la "Cía. Industrial de Productos Agrícolas S.A. (CIPA)" Julio Mailhos figura con 1.001 acciones y "Julio Mailhos S.C." con 325 acciones. Constituyen "La Reserva S.A." (arrendamientos, compra, venta).
Diversificación: agropecuaria, transportes, construcción, banca.

STRAUCH, GUILLERMO F.: (Guillermo Strauch (Padre) fundó una jabonería en 1889, que fabricó además productos químicos, especialmente para el agro).

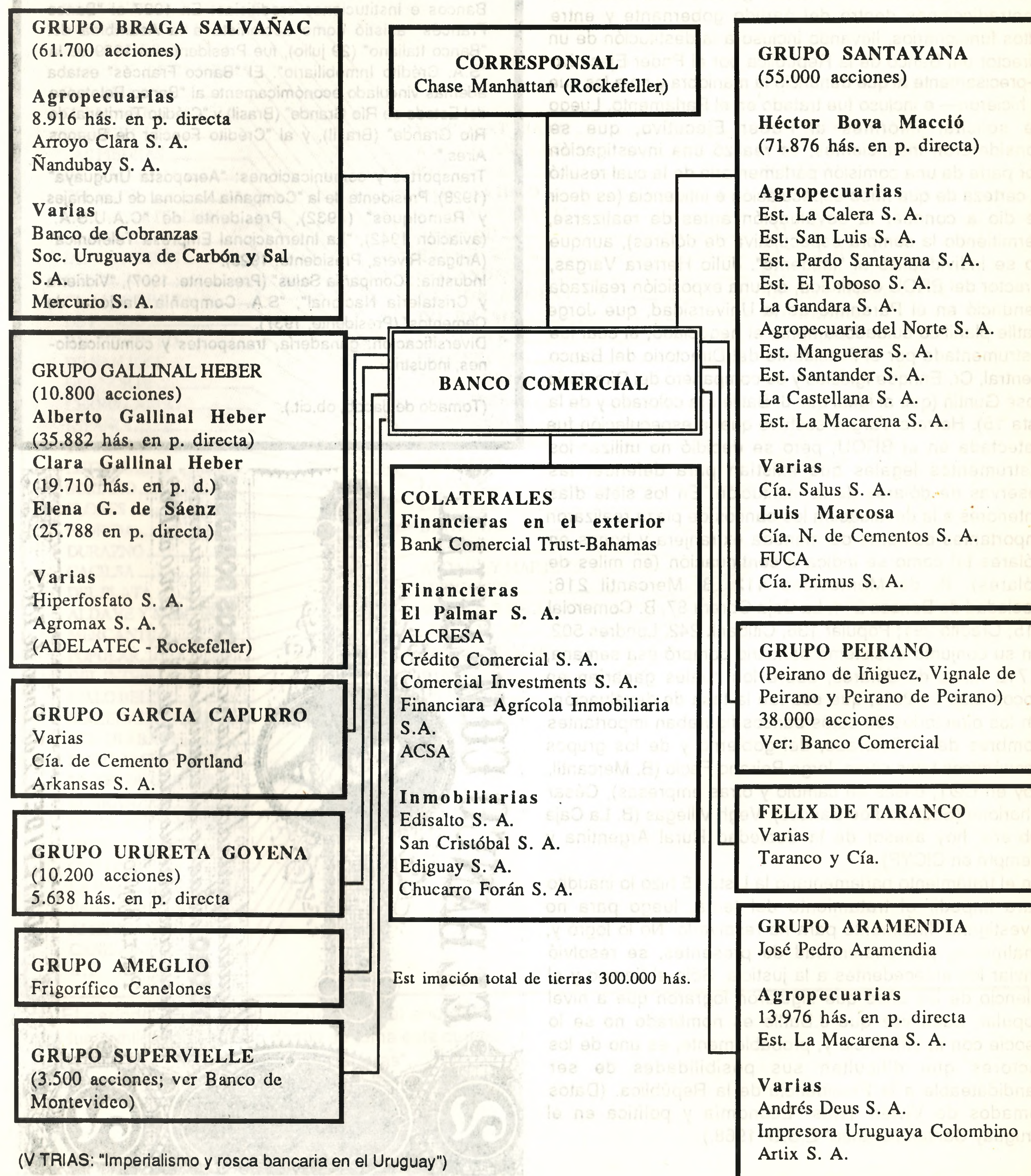
Director en 1935 de "Territorial Argos S.A.", firma que en 1936 integra "Conatel Ltda." (artículos eléctricos).
Director en 1941 de "Papelera Mercedes S.A.". En 1944 fue vocal de "Fibratex S.A." y Presidente de "Conatel S.A" En 1945 integró la "Compañía BAO S.A." (jabo-nería), fue suplente del Presidente de la "Cía. Agropecuaria e Industrial El Mirador S.A.", y la "Territorial Argos S.A." cambió su denominación por "Strauch y Cía. S.A.".
Su hermano Arturo fue en 1930 vocal del "Banco Popular del Uruguay".
Diversificación: banca, agropecuaria.

(Tomado de Jacob, "Uruguay 1929-1938").

al sector rural, que entre 1931-39 recibió más de 71:000.000 de pesos en créditos, contra algo más de 18:000.000 que se proporcionaron a la industria". (R.JACOB:Uruguay 1929-1938).
Según V.Trías, ya en 1940 la banca privada superaba al Banco República en los depósitos, a partir del 43 lo hará en las colocaciones y a partir del 49 también en el capital y reservas.

A partir de 1955, a causa del estancamiento y crisis que experimentan tanto el sector agropecuario como el industrial, se asiste a un proceso de gran crecimiento y fortalecimiento del sistema bancario privado y de la especulación financiera. En la década del 60 comienza el proceso de extranjerización, que tomará mayor auge en la década siguiente, al mismo tiempo que se asiste a un proceso de concentración bancaria.

Cuando el Banco Comercial era próspero...



(V TRIAS: "Imperialismo y rosca bancaria en el Uruguay")

La siempre recordada "infidencia"

Tomado de J.M. Rodríguez y L. Stolovic, "Gobierno y empresarios: sus vínculos personales", pasaje de la ponencia presentada en el Seminario, "Concentración de poder en el Estado" realizado por CIEDUR.

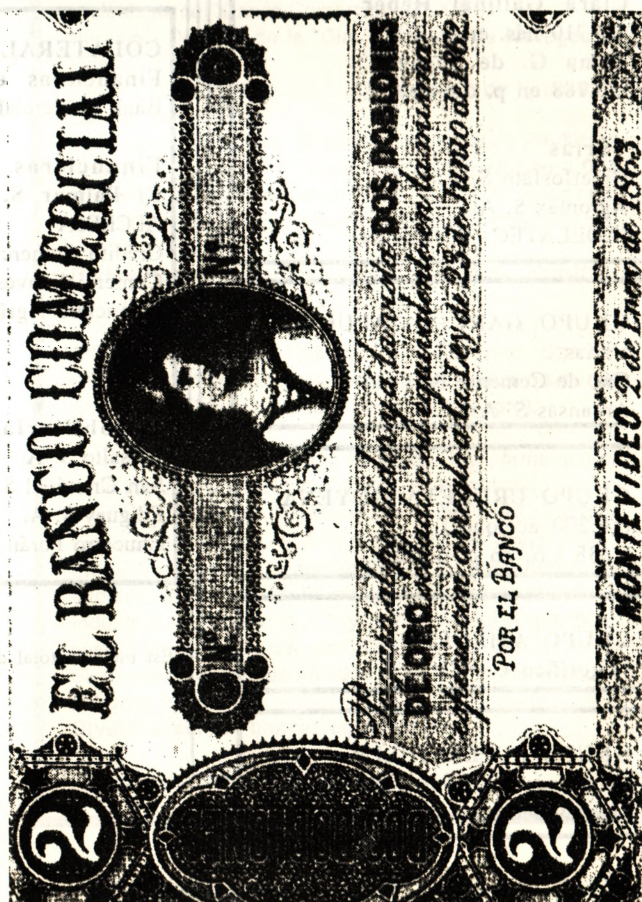
La devaluación del dólar del 29 de abril de 1967, más conocida como de la "infidencia", es un claro ejemplo de utilización de cargos públicos para que políticos, grupos económicos, empresas trasnacionales, etc. obtengan enormes ganancias. El caso generó una serie de contradicciones dentro del partido gobernante y entre altos funcionarios, llevando incluso a la destitución de un director del Banco de la República por el Poder Ejecutivo —precisamente al que denunció la maniobra y no a los que la hicieron— e incluso fue tratado en el Parlamento. Luego de solicitar informes al Poder Ejecutivo, que se consideraron insuficientes, se realizó una investigación por parte de una comisión parlamentaria de la cual resultó la certeza de que hubo especulación e infidencia (es decir se dio a conocer la devaluación antes de realizarse, permitiendo la compra especulativa de dólares), aunque no se individualizó al "infidente". Julio Herrera Vargas, director del BROU destituído, en una exposición realizada denunció en el Paraninfo de la Universidad, que Jorge Batlle planificó cuidadosamente el negociado, el cual fue instrumentado por el Presidente del Directorio del Banco Central, Cr. Enrique Iglesias y su compañero del Directorio José Guntin (que al igual que J. Batlle era colorado y de la lista 15). Herrera Vargas sostuvo que la especulación fue detectada en el BROU, pero se decidió no utilizar los instrumentos legales que existían para defender las reservas de dólares de la institución. En los siete días anteriores a la devaluación los bancos de plaza realizaron importantes compras de moneda extranjera y bonos en dólares tal como se indica a continuación (en miles de dólares): B. de Montevideo 412; B. Mercantil 216; Sociedad de Bancos 214; La Caja Obrera 87, B. Comercial 515; Crédito 291; Popular 136, Citibank 242, Londres 502. En su conjunto el sistema bancario compró esa semana, 2.712 miles de dólares, sobre los cuales ganarían en pocos días un 25%, que esa fue la tasa de devaluación. En los directorios de estos bancos figuraban importantes hombres del P.Colorado, del gobierno y de los grupos económicos tales como Jorge Peirano Facio (B. Mercantil, hoy en COT, casas de cambio y otras empresas), César Charlone (Sociedad de Bancos), Vegh Villegas (B. La Caja Obrera, hoy asesor de la Sociedad Rural Argentina y siempre en CICYP).
En el tratamiento parlamentario la Lista 15 hizo lo inaudito para impedir el tratamiento del tema, luego para no investigarlo, finalmente para no resolverlo. No lo logró y, finalmente, por unanimidad de presentes, se resolvió enviar los antecedentes a la justicia. Sólo el tiempo y el silencio de los años que siguieron lograron que a nivel popular, cada vez que J.Batlle es nombrado no se lo asocie con la infidencia y, probablemente, es uno de los factores que dificultan sus posibilidades de ser candidateable a la Presidencia de la República. (Datos tomados de Vivián Trías "Economía y política en el Uruguay Contemporáneo" E.B.O. 1968.)

Un banquero que se multiplica

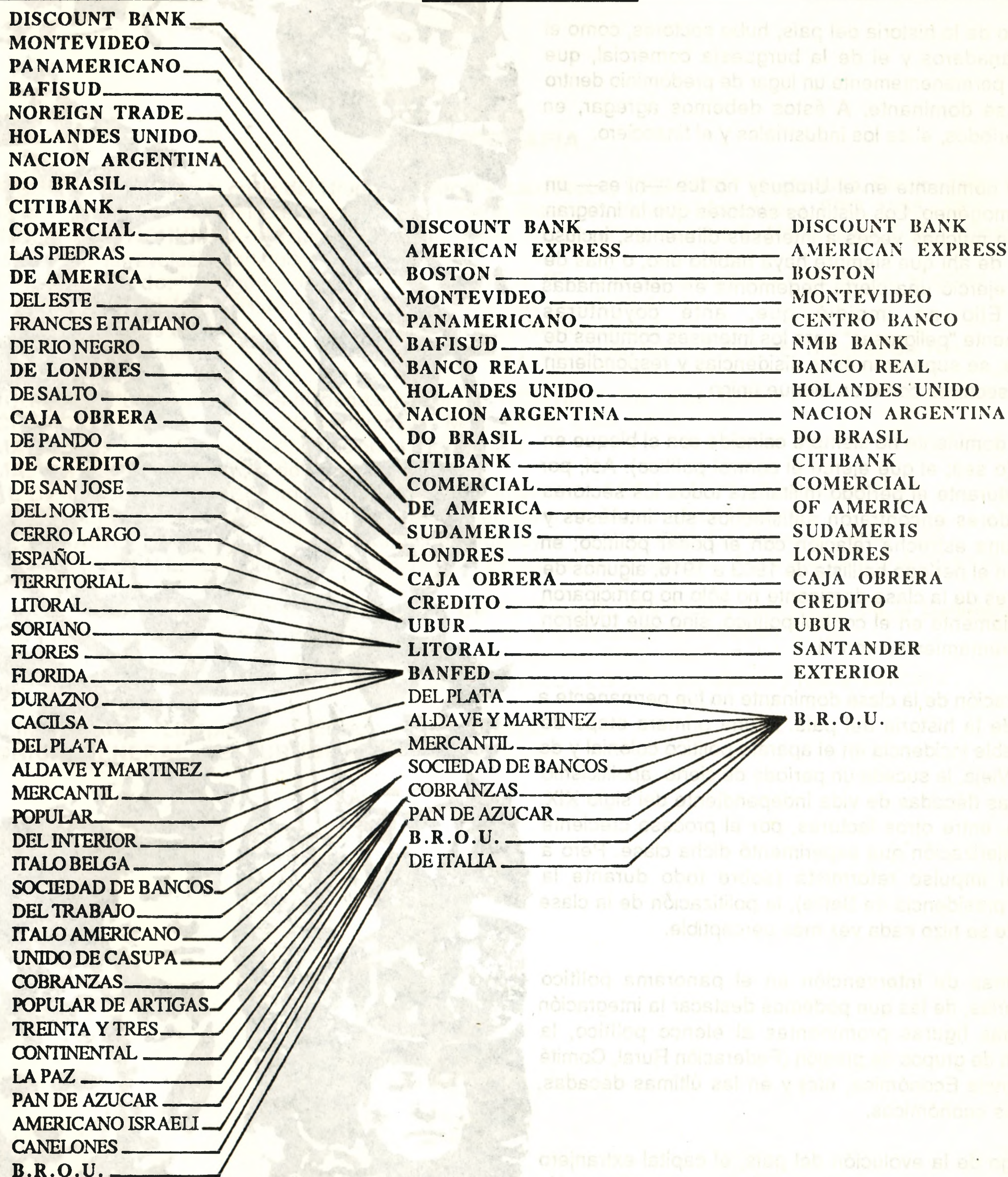
SUPERVIELLE, LUIS J: (director del "Banco Francés" fundado en 1887 por Luis B. Superville, (Argentina y Uruguay).

Cabaña "La Franco Platense" (Canelones).
Establecimientos ganaderos: "San Antonio" (Salto), "El Ombú" (16.000 hectáreas en Río Negro), en 1938 fue Presidente de la "S.A. Rural Argentino Uruguayo")
Bancos e instituciones crediticias: En 1937 el "Banco Francés" asistió como accionista a la Asamblea del "Banco Italiano" (29 julio), fue Presidente en 1939 de la "S.A. Crédito Inmobiliario". El "Banco Francés" estaba además vinculado económicamente al "Banco Pelotense del Estado de Río Grande" (Brasil) y "Crédito Territorial de Río Grande" (Brasil), y al "Crédito Foncier de Buenos Aires."
Transportes y comunicaciones: "Aeroposta Uruguaya" (1928), Presidente de la "Compañía Nacional de Lanchajes y Remolques" (1932), Presidente de "C.A.U.S.A." (aviación 1942), "La Internacional Empresa Telefónica" (Artigas-Rivera, Presidente: 1923).
Industria: "Compañía Salus" (Presidente: 1907), "Vidriería y Cristalería Nacional", "S.A. Compañía Nacional de Cementos" (Presidente, 1937).
Diversificación: ganadería, transportes y comunicaciones, industria.

(Tomado de Jacob, ob.cit.).



La compleja trama de la concentración bancaria



(1) El período actual corresponde hasta el año 1986, en que fue publicado el trabajo donde se toma este cuadro: A. Sttotovich y otros: "Compra de Carteras"...

A MODO DE RECAPITULACION SOBRE EL PAPEL DE LA CLASE DOMINANTE

*A lo largo de la historia del país, hubo sectores, como el de los ganaderos y el de la burguesía comercial, que ocuparon permanentemente un lugar de predominio dentro de la clase dominante. A éstos debemos agregar, en ciertos períodos, el de los industriales y el financiero.

*La clase dominante en el Uruguay no fue —ni es— un grupo homogéneo. Los distintos sectores que la integran responden muchas veces a intereses diferentes, incluso opuestos, de ahí que siempre haya habido uno, o más de uno, que ejerció una cierta hegemonía en determinadas etapas. Ello no impidió que, ante coyunturas especialmente "peligrosas" para los intereses comunes de esta clase, se superaran esas disidencias y respondieran todos los sectores como un bloque único.

*La clase dominante no siempre coincide con el bloque en el poder (o sea, el que ejerce el control político). Así, por ejemplo, durante el período militarista todos los sectores conservadores encontraron satisfechos sus intereses y tuvieron una estrecha relación con el poder político; en cambio, en el período batllista de 1903 a 1916, algunos de los sectores de la clase dominante no sólo no participaron mayoritariamente en el control político, sino que tuvieron duros enfrentamientos con él.

*La politización de la clase dominante no fue permanente a lo largo de la historia del país. A una primera etapa de considerable incidencia en el aparato político colonial y de la Patria Vieja, le sucede un período de cierto apoliticismo durante las décadas de vida independiente del siglo XIX, motivado, entre otros factores, por el proceso creciente de extranjerización que experimentó dicha clase. Pero a partir del impulso reformista (sobre todo durante la segunda presidencia de Batlle), la politización de la clase dominante se hizo cada vez más perceptible.

*Las formas de intervención en el panorama político fueron varias, de las que podemos destacar la integración de algunas figuras prominentes al elenco político, la formación de grupos de presión (Federación Rural, Comité de Vigilancia Económica, etc) y en las últimas décadas, los grupos económicos.

*A lo largo de la evolución del país, el capital extranjero incidió con mayor o menor intensidad en la conformación de la clase dominante.



BIBLIOGRAFIA

-**BARRAN, J.P.**- "Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco, 1839-1875." Montevideo. Ediciones de la Banda Oriental (EBO). "Batlle, los estancieros y el Imperio Británico", tomo 5. Montevideo, EBO, 1985.
-**BARRAN, J.P y NAHUM, B.**- "Historia rural del Uruguay moderno", tomos 1 a 6, Montevideo, EBO. "Bases económicas de la revolución artiguista", EBO, 1972.
-**CAETANO, Gerardo.**-"La agonía del reformismo", CLAEH. "Fuerzas conservadoras y dictadura: el golpe terrista". Cuadernos del CLAEH, Nro.28. "La reacción conservadora", CLAEH.
-**FINCH, H.**- "La crisis económica", Nuestra Tierra Nro. 26. Montevideo, 1969.
-**JACOB, Raúl.** "Uruguay 1929-1938: depresión ganadera y desarrollo fabril" F.C.U. "El Uruguay de Terra, 1931-1938", Montevideo EBO, 1983.
-**LYNCH, John**, "Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1828", Ed. Ariel, 1976.
-**MACHADO, Carlos**. "Historia de los orientales". Montevideo, EBO, 1973.
-**RAMA, Angel**. "La belle époque". Enciclopedia Uruguaya.
-**RAMA, Carlos**. "Historia social del pueblo uruguayo."
-**REAL DE AZUA, Carlos**. "El patriciado uruguayo." Montevideo, EBO, 1981. "La historia política". Enciclopedia Uruguaya. "La clase dirigente". Nuestra Tierra Nro.34, Montevideo, 1969.
-**REYES ABADIE** - J.Williman (h). "La economía del Uruguay en el siglo XIX". Ed. Nuestra Tierra, 1969.
-**SALA DE TOURON.L.** "El mostrador montevideano". Enciclopedia Uruguaya. "La oligarquía oriental en la cisplatina". EBO.
-**SALA DE TOURON, L., RODRIGUEZ Nelson, De La Torre,L.** "Evolución económica de la Banda Oriental" Montevideo, E.P.U. "Estructura económico-social de la Colonia", Montevideo, E.P.U.
-**STOLOVICH L. y otros.**- "La compra de carteras". Montevideo EBO, 1987.
-**TRIAS, V.** "Economía y política en el Uruguay contemporáneo", EBO. "Imperialismo y rosca bancaria", Montevideo, EBO.
-**WILLIMAN, J.C.** - "Los patricios". Enciclopedia Uruguaya.
-**CRONICA GENERAL DEL URUGUAY.** Varios fascículos.

SON Ltda. D.L. 228.772

LOS FASCICULOS RESTANTES DE ESTA COLECCION

20. QUE FUE Y QUE DEBE SER EL URUGUAY. *Diferentes proyectos y concepciones del país; su viabilidad como tal, la integración como destino. Mariela Amejeiras, y Leonor Piñeyro.*

21. LOS IMPERIALISMOS EN EL URUGUAY. *Cómo deformaron al país y lo hicieron dependiente. Miguel Benvenuto y Osvaldo Firpo.*

22. LAS IDEAS Y SU GRAVITACION EN LA VIDA DEL PAIS. *Francisco Bustamante.*

23. EL ARTE Y LA CULTURA. *Las grandes líneas de su evolución. Graciela Franco, María Inés López y Luis Bravo.*

24. EL EJERCITO. *Su carácter y papel a lo largo de nuestra historia. Selva López.*

25. LA IZQUIERDA URUGUAYA (2da. parte). *Yamandú González.*